



# EL VIAJERO

Joaquín Ortiz Sánchez

**Los lugares más escondidos son los que guardan peores secretos.**

# EL VIAJERO

T.L,

*Joaquín Ortiz Sánchez (JOA)*

Quiero dedicar este libro a varias personas, como siempre, con todo lo que escribo, la primera persona es mi madre por inculcarme la mejor de las costumbres, leer antes de dormir. La segunda no podía ser otra que mi profesora del colegio, Mari Luz, quien me despertó las ganas de escribir, animándonos a todos a traer cada lunes una historia escrita real o inventada. Por último, se lo dedico a mi amor, Mara Guillen, quien soporta las horas de soledad mientras me encierro a escribir, apoyándose con su dulzura y cariño. Y a todas esas mujeres y hombres que me han animado a seguir escribiendo.

Y a ti lector, por supuesto a ti.

## **Capítulo 1**

### **Atrapado**

1

Estaba oscuro y apenas podía respirar. No quería que lo escucharan resoplar los que estaban fuera. Si tenía suerte quizás escaparía con vida de allí. *Maldito viaje*, pensaba una y otra vez.

*Maldito viaje.* Temblaba de puro terror, no entendía como había llegado a tan angustiosa situación, por qué el destino le había jugado esta mala pasada. Era joven, tenía proyectos, y creía estar enamorado de la mujer perfecta. Sus ojos ardían por las lágrimas, sus manos le dolían pues no paraba de cavar un hoyo, allí en su escondite improvisado, presa del pánico; quería ocultarse bajo tierra, que nadie lo viera si entraban por fin. Pero la tierra era dura y sus manos ya no tenían uñas ni fuerzas.

Por una pequeña grieta cubierta de telarañas miró lo que afuera acontecía. Rosa, la mujer del maestro portaba una recortada, y a su lado su marido Alfonso con una escopeta de caza mayor, prestada quizás por “el gordo”. La estaba cargando con balas, que, por su tamaño, parecían fabricadas para matar elefantes. Con ellos andaba Ramón, machete en ristre y sus perros, que no paraban de olfatear en dirección al viajero. José María se apartó de la grieta, estaba aterrorizado. Trató de cubrir su cuerpo con la esperanza de disipar su olor, ocultarlo del fino olfato de los canes, pero fue inútil, las patas de los perros arañaban la portezuela de su escondite, unos ladridos alertaron a su amo que con voz agrietada y escupiendo palabras más que hablando exclamó: - ¡Aquí está, ya lo tenemos! De un puntapié quebró las maderas enmohecidas, dos cañones negros, como la oscuridad que lo envolvía momentos antes, lo encañonaban amenazantes como bocas de lobos hambrientos. El viajero sudaba y apenas podía hablar, quería gritar su inocencia, su incomprensión, su temor, pero solo salió de su boca apenas un balbuceo. Nnnnooo... Nnnnoooo... un disparó resonó en La Aldeilla.

## Capítulo 2

### Una avería del destino

Tarareando una de sus canciones favoritas, “Astronomy” de Metallica, José María conducía sobrio (una novedad últimamente) y tranquilo su Ford Focus con USB y lector mp3. Con una capacidad para más de cinco mil canciones no había trayecto lo suficientemente largo para escucharlas todas. Conducir le encantaba. De hecho, amaba su trabajo por eso mismo. Recorrer en la más absoluta soledad el país de una punta a otra, circular por las carreteras disfrutando del paisaje, detener la marcha para vaciar la vejiga en una ciudad distinta cada vez, no tener a nadie cerca que le diga lo que tiene que hacer; solo la serpiente negra y sus líneas blancas, los carteles con los destinos marcados, el horizonte, su coche y su música. Sus manos aferran el volante de cuero cosido, mete las marchas como un profesional de las carreras, y sabe cómo tomar cada curva. Podría ser chófer de alguien importante, pero eso supondría aguantar sus charlas, el insufrible martirio de estar aguantando constantemente que te digan lo que debes hacer, por no hablar de la música, seguro que en el coche de un pez gordo no se oye ni una nota musical. O peor, algún canal de radio comercial, con sus odiosas y manidas canciones de moda que le producían ganas de vomitar. Tampoco le gustaba la idea de conducir un autocar, ni se le pasaba por la cabeza. Terminaría matando a alguien, por no hablar de los críos, imposibles de aguantar. No se imaginaba sus manos en un volante tan grande y parando cada media hora porque el abuelo o el nieto necesitan ir al servicio. No, estaba mejor solo, aquel trabajo era perfecto. Mañana debía de

estar en Salamanca, acababa de pasar Despeñaperros y tomar la eterna recta de Ciudad Real. El cliente era de los puntuales, y nada flexible, así que haría las mínimas paradas, por si surgía un imprevisto, llegar a tiempo al destino. No quería que sus jefes se molestasen, sobre todo porque sus jefes eran geniales. Nunca había tenido un trabajo mejor y unos jefazos tan cojonudos, sí, eran cojonudos. Si la venta de este viaje salía perfecta le iban a dar un plus en la nómina. Sí, se portaban bien, aunque fueran americanos, rasgo que, al principio, cuando entró a trabajar, le enturbió un poco el ánimo. Pero ahora estaba encantado, los americanos eran los mejores, sabían cómo incentivar al trabajador. Sin lugar a dudas.

El día no podía ser más soleado, las líneas limitantes reflejaban los rayos del sol y se podía ver la calima pegada al asfalto. José María prefería el frío al calor, pero con el aire acondicionado ese era un problema menos. <<El mejor invento del hombre, el aire acondicionado. Joder, ya lo creo>> Pensaba lo mismo cada vez que se metía en su coche, pulsaba el botoncito mágico y comenzaban a bajar los grados del termómetro.

Aquella recta interminable se la conocía de memoria, plagada de molinos, pero sin apenas áreas de descanso, sin apenas bares, sin apenas gasolineras, sin apenas gracia, salvo por los molinos, claro. Tenía la sensación de que tener un percance en estos caminos sería algo lento, muy lento de resolver. Amigos y conocidos habían sufrido el tedio, la deshora, el hastío, el desdén y la antipatía de las personas de aquellos lugares, que casualidad o no, eran todas del mismo sitio. Se acordaba siempre de unos versos de Machado que hablaban de Castilla:

¡Oh tierra triste y noble,  
la de los altos llanos y yermos y roquedas,  
de campos sin arados, regatos ni arboledas;  
decrépitadas ciudades, caminos sin mesones,  
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones  
que aun van, abandonando el mortecino hogar,  
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Entonces, como un nubarrón que ocultaba el sol cubriéndolo todo como una negra sombra, las palabras de su ex mujer acudían a su cabeza como unos salmos al beato: “no se puede generalizar, hay de todo en todos los sitios”

Así era ella. Aunque le hubieran puesto delante de sus narices estudios antropológicos, científicos o humanistas demostrando dicha teoría, ella seguiría en sus trece. Tanto se acordaba de ella que bebía para olvidarla; y para matar el insomnio. Pero la bebida ya era un recuerdo borroso, una imagen que tu mente no es capaz de rememorar. Simplemente se había cansado de auto inculparse, de sentir lastima por él mismo, tenía un trabajo nuevo y futuro. Ella no estaba en aquel futuro, pero no importaba, no importaba un carajo pues los días de reproches y llantos pasaron a mejor vida. La que tenía José María, o JM, cómo le llamaban sus jefes americanos, ahora mismo, a lomos de su vehículo, rugiendo el motor, la música a tope y una bonita cifra al terminar el encargo de la

semana. Nada podía salir mal, la oscuridad de sus días se esfumó para dar paso a una época de prosperidad.

No echaba de menos su casa, ni sus cosas, ni siquiera a sus amigos. No tenía familia, ya no. Aquel *curro* le llenaba por completo, solo la carretera y él. Estaba conociendo su patria palmo a palmo, pues más que las ciudades lo que visitaba eran pueblos, cuanto más pequeños mejor. Los marcaba en una libreta soñando con visitar todas las villas y pedanías de España. Llegó a conocer uno en el que vivían apenas dos familias. Calles empedradas que se perdían entre ellas, como un pequeño laberinto. Casas levantadas en un barranco retando a la ley de la gravedad, el silencio como himno y las chumberas, que crecían sin orden ni manos que recogieran su fruto, como escudo. Un pueblo peculiar, ideal para esconderse, para desaparecer. Pero por aquellos caminos castellanos no había ni pueblos, solo grillos y molinos.

## 2

Decidió hacer un pequeño desvío en su ruta. Quería visitar el Parque Nacional de Cabañeros y los pueblecitos que lo rodeaban. También podría servir para su trabajo. ¿Por qué no? Pasó Piedrabuena, El Pozuelo, Porzuna, se detuvo en Alcoba a tomar un café. En mitad del camino entre Alcoba, y la extensa llanura de nada que tenía delante, se quedó tirado. Su coche tembló mientras el motor se quejaba por algo. Se apartó al arcén y echó un vistazo levantando el capó no sin cierta dificultad. Parecía ser un fallo mecánico.

*<<Estos coches de ahora no llevan nada más que chips de mierda, imposible arreglarlo por uno mismo>>*

Golpeó el parachoques delantero con una patada de frustración. Trató de arrancarlo sin éxito varias veces hasta que desistió. Maldijo y maldijo hasta que su garganta le golpeó, como una madre a su hijo en plena barraquera tonta, en forma de tos. Estaba en una carretera comarcal, lejos de cualquier taller mecánico del consorcio de su seguro, perdería tiempo y dinero. Con apenas una raya de cobertura se dispuso a llamar a la grúa. Tras indicaciones y explicaciones redundantes que

le exasperaban el ánimo aún más, se metió en su coche a esperar a la dichosa grúa y salir de aquel secarral lo antes posible. Medio dormido trataba de seguir el baile del trigo mecido por el viento, la llanura infinita en la que se encontraba estaba sembrada en su totalidad por el cereal amarillo. Apenas recordaría el sueño que tubo mirando aquella escena, con la ventana bajada y el asiento de su auto echado hacia atrás. Un hombre mayor, de bigotes prominentes y mirada penetrante, con cierta inquina, le señalaba con el dedo índice. Su brazo se movía insistiendo, de arriba abajo levemente con el dedo apuntando hacia él. El claxon de la grúa lo despertó, pero no se acordaría de ese hombre ni de su dedo acusador. Lo recordaría más adelante, quizás un poco tarde.

-Levante el capó.

-Buenas tardes. Por decir algo claro. –A José María no le gustaba la gente mal educada e impertinente. Aquel chófer de manos sucias y pelo ralo padecía de ambos defectos.

-Buenas. Estaba durmiendo, eh. Sin estrés no vaya a agobiarse. –Confirmado, mal educado e impertinente. Un completo gilipollas, vamos.

-Es un fallo electrónico, no puedo hacer nada, para que matarse, ¿No?

-Claro, claro. Para eso estamos nosotros. Si tuviera que pagarlo... ya sería otra cosa. El capó. - Hizo un gesto con la mano señalando el capó del coche.

-Ya lo pago. –JM iba a llamarle caballero, pero aquel tipo desde luego que no se merecía tal adjetivo ni cortesía alguna-. Con mi seguro. <<Puto gilipollas de mierda>>-Cada frase del tipo de la grúa era una confirmación de su estupidez. José María pulsó la palanquita que abría el capó.

-Ya, ya. El seguro... Deberían de dar clases de mecánica.

-Oiga, ya le he dicho que es un fallo electrónico. Si todos fuéramos mecánicos ustedes no tendrían trabajo. <puto gilipollas>

-Oh, ya lo creo que sí. Las multas.

-Malditas multas.

-Tiene la correa de distribución pasada.

-Hace apenas un par de meses que le hice la revisión. Es imposible. –JM remarcó “imposible”.

-Sí, sí es posible. Deberá cambiarla o joderá el motor. ¿Sabe lo que es una correa de distribución, ¿no? –Aquel tipo lo estaba poniendo de los nervios.

-Claro que sé lo que es una correa de distribución, y un cigüeñal, y lo que quieras, ya le he dicho que es un fallo electrónico.

-Y dale perico al torno.

- ¿Y qué narices es entonces? <puto gilipollas>



-Seguramente el sistema electrónico del coche ha captado que su correa de distribución está a punto de romperse y ha parado el motor para no averiarlo del todo. Hay que llevar los coches a revisión...

-Pero ya le he dicho que lo he llevado hace un par de meses... -El tipo le hizo un gesto despectivo con las manos, como si no quisiera escuchar más. Pensaba que era una excusa -. Oiga no puede tratarme así, si le digo que lo llevé a revisión es que lo llevé, maldita sea. Y no creo que el dispositivo electrónico sea capaz de captar algo así.

- ¿Me está llamando mentiroso?

-No. Solo que -Le interrumpió el chófer mal educado de la grúa:

- ¿Cómo qué no? Está poniendo en duda lo que le digo, arréglole usted si tanto sabe.

-Oiga, por dios, es usted el que está poniendo en duda mis palabras. Pero da igual. Arregle lo que sea y terminemos de una vez. -José María estaba haciendo acopio de su máxima paciencia.

-Tiene que llevarlo a un taller. Aquí cerca hay uno.

- ¿En serio? Llevo andando varios kilómetros por aquí y no veo mucho movimiento.

- ¿Dónde crees que estás?

-Hábleme de usted, por favor. -Aquel hombre había sido desagradable, tosco y mal educado y ahora le tuteaba, como si fueran conocidos. No se lo permitiría.

-Joder con el finolis. Le digo que aquí hay de todo, está lejos, pero hay de todo.

-Lléveme al taller cuanto antes. -No quería hablar más con aquel tipo. Llevaba una hora con el coche dando vueltas por la zona y solo se había cruzado con una camioneta y un camión frigorífico. Y ni un bar para parar y refrescarse el gaznate y liberar la vejiga. Pero no quería seguir discutiendo con el merluzo que le había tocado.

El camino hasta el taller no era largo, pero al lado de tan ínfima compañía se le hizo eterno. La radio no funcionaba bien, la señal se iba y venía, lo mejor de la conversación del chófer eran los silencios; todo parecía estar manchado de grasa, restos de comida por el suelo, daba la sensación de que allí hubiera llovido colillas de tabaco y ceniza, y, por si fuera poco, la cabina de la grúa despedía un aroma podrido, fétido. José María tuvo que aguantar un par de veces las ganas de vomitar. Su estómago se convulsionaba con las curvas y aquel olor nauseabundo. Hizo un esfuerzo titánico para no regurgitar la comida. Llegar al taller le pareció un sueño. Al encuentro acudió el mecánico, un tipo alto, de la edad de José María, unos treinta y tantos, delgado, de prominente nariz, moreno con el pelo corto y un pequeño tupé. En un momento, él y el apestoso chófer de la grúa bajaron el coche y abrieron el capó. Intercambiaban frases de amigos mientras detectaban el problema.

-Pues sí, la correa de distribución está a punto de morir. Lo bueno es que la hemos pillado a tiempo y no ha dañado el motor, lo malo es que no tengo recambios hasta mañana. -Diagnosticó el

mecánico.

-Mañana es sábado, ¿te llegará? -Preguntó el viajero preocupado.

-Puf, es verdad. Mañana es sábado. No había caído. Que inoportuno.

-No me diga que voy a tener que quedarme aquí tirado todo el fin de semana...

-Si aquí se está muy bien, hombre. -JM estaba empezando a perder la paciencia con el chófer de la grúa.

-Tengo que llegar a mi destino, o perderé mi trabajo. -José María exageraba, pero a ver si así empatizaban más con él, porque parecía que aquello fuesen unas vacaciones a todo lujo.

-Rece porque mañana a primera hora llegue el repuesto. No podemos hacer otra cosa. -El mecánico parecía un hombre sensato pero corto de imaginación.

- ¿No hay otro taller por aquí cerca?

-Abierto no, listillo -Contesto el apestoso mal educado.

- ¡Pero si es viernes!

-Entiendo su enfado y su prisa. Llame a su seguro a ver si le pueden ofrecer un coche de sustitución mientras arreglo el suyo. A la vuelta podría recogerlo y no pierde tanto tiempo. -El mecánico leyó la mente de JM. Pero algo le decía que sería imposible.

-Si lo tiene contratado en la póliza de su seguro... -El chófer de la grúa siempre tan positivo, pero tenía razón, José María no recordaba si tenía ese servicio o no.

Sacó de la guantera un estuche lleno de papeles relacionados con el automóvil, libro de instrucciones, multas, facturas, revisiones, y el seguro. Entonces entró al taller una aparición. Era rubia, alta, de ojos verdes y labios de fresa, pómulos marcados y bonita sonrisa, irradiaba dulzura.

-Espero te hayas portado bien con mi pequeño.

-Tú Clío está como nuevo. Ya te lo puedes llevar prima. -Le contestó alegre el mecánico. Ella saludó a los allí presentes con un gentil Hola, buenas tardes.

-Para este no son buenas. -Señalando a José María. Él apestoso era todo un gracioso.

- ¿Y eso, por qué no son buenas, una avería? -La voz de la aparición rubia también era dulce.

-Sí, y por lo visto va para largo.

-Si no tiene coche de sustitución y tiene que pernoctar sin más remedio, mi prima Claudia tiene un hostel en el pueblo.

-Sí, es verdad. Tengo habitaciones libres. -José María tiró el estuche con la póliza del seguro al

asiento del copiloto. ¿Por qué no quedarse el fin de semana? De todas formas, podía atrasar la cita un par de días. Y quien sabe, a lo mejor era el destino el que lo había empujado a conocer de aquella manera tan bizarra a Claudia. No creía en los flechazos, mas hacía tiempo que una mujer no le atraía tanto.

-Pues sí, no tengo más remedio. En mi seguro no entra el coche de sustitución.

-Ja, lo sabía. Vaya una cagada. -El apestoso volvía a escupir sandeces.

-Usted no se cansa, eh. -El conductor de la grúa miró extrañado al viajero.

-Bueno, yo soy Claudia, usted es...

-José María. Me llamo José María.

-Bueno Chema, firmeme aquí, para el parte del seguro.

-José María, me llamo José María. Nadie me llama ni me ha llamado nunca Chema. <puto gilipollas>

-Está bien, está bien. Es que José María parece nombre de mujer.

- ¿Pero qué tontería es esa? Por Dios, no le haga ni caso. -Era dulce y simpática, y puso al impertinente de la grúa en su sitio, un encanto de mujer.

-No me hables de usted, que me haces viejo.

-A ella sí le deja que le tutee eh... -El apestoso entró por derecho propio en la lista de enemigos de José María. Lo miró con desgana.

-No es tan viejo, quizás tengamos la misma edad. -Terció ella con dulzura.

-Yo treinta y cinco. ¿Tú... veintidós? -Evidentemente era una broma del viajero, aquella mujer bellísima tendría al menos treinta años. Ella rio cómplice.

-Ja. Ojalá. Casi los mismos que tú. Pero bueno, si vas a subir en mi coche nos tutearemos. Qué remedio. Y no se preocupe por nada, en este pueblo será muy bien acogido, esté los días que esté. Somos muy buenos anfitriones. Estas palabras las recordará José María más adelante, resonando en su mente.

-Si son todos tan simpáticos como tú, no me cabe la menor duda de que estaré como en casa.

- ¡Muchas gracias! Hay que portarse bien con los viajeros. Para que vuelvan y hablen bien del pueblo. -Aquella mujer era realmente encantadora.

El pueblo se llamaba La Aldeilla, nombre que le venía que ni pintado porque apenas había un centenar de viviendas. Era un pueblo típico de Castilla, muy limpio y cuidado, todas las casas guardaban la misma estructura, techo de teja roja y fachada de piedra. El suelo estaba empedrado con pequeños adoquines grises y marrones. Una gran fuente, con dos chorros para beber agua, era el centro de la austera plaza del pueblo. Bancos de madera y piedra gris recorrían el cuadrado que formaba la plaza presidida por una pequeña iglesia románica. Un ábside y una pequeña torre rematada con una espadaña de doble arco era su presentación. Aunque pequeña, en comparación al tamaño de aquella villa, era una iglesia de importancia, destacando por encima de todo el paisaje.

El hostel se llamaba “Buenaestancia”. Sin duda lo que pretendía su dueña; que toda persona allí hospedada tuviera un buen descanso en aquel lugar perdido. Con cada segundo que permanecía al lado de Claudia, (escuchando su voz, mirando su cara, atento a sus gestos) más se enamoraba José María de ella. No podía remediarlo.

- ¿Tenéis muchas visitas en este pueblo?

-No las que debiera.

-Perdona que lo pregunte, pero ¿No es un pueblo muy pequeño para un hostel?

-Puede que sí. Pero en temporada de caza lo lleno siempre. El turismo rural se ha puesto de moda y mi hostel es de los más visitados en internet de toda esta zona. Me da para comer, si es eso lo que te preocupa, ¿o es que me quieres hacer competencia? –José María estaba pensando en su trabajo, pero no tenía nada que ver con hostales ni turismo rural.

-Tranquila, tranquila. La hostelería no es lo mío. –JM reía cada comentario de Claudia.

-Aparcaré detrás. Ya verás cómo te va a gustar... Gustar no, encantar.

-Por la fachada ya parece una preciosidad, como la dueña. -Se sorprendió así mismo tras aquel comentario. Pero qué podía perder. Estaría apenas dos días, pensaba aprovecharlos al máximo.

-Muchas gracias José María. Yo no soy para tanto, pero el hostel me ha costado mucho esfuerzo y tesón. Que ahora tenga este aspecto de cuento se debe a mi cabezonería y mi sueño. Hasta me trataron de loca, pero ahora todos me alaban.

No exageraba Claudia cuando decía que su hostel parecía sacado de un cuento. La fachada era igual que las demás casas del pueblo, de piedra, pero era una piedra más refinada, con más lustre.

El tejado era más angulado, con dos buhardillas con un alfeizar lo suficientemente ancho para sentarse y tomar el sol. La puerta era gigantesca, de madera de roble, con una aldaba en forma de cabeza de lobo, de sus colmillos sobresalía el llamador. Las ventanas estaban todas adornadas con flores, los balcones eran los típicos de la zona, de madera y al estilo colonial. Todo parecía recién pintado. Una de las esquinas del hostel estaba cubierta por completo por una hiedra que ascendía desde el patio trasero hasta el tejado. La canaleta estaba finamente dibujada con los escudos de las familias de la aldea. Un pequeño pasillo de castaños escoltaba al visitante hasta la entrada, donde dos duendecillos de porcelana daban la bienvenida.

La habitación que le escogió Claudia era perfecta. El balcón miraba a la bonita plaza del pueblo, las lámparas estaban hechas de cristales dibujados con motivos rústicos; quizás pensaba él, hechas por las propias manos de la dueña del hostel. La cama era cómoda y el baño contenía un detalle tras otro; patitos de goma en la bañera, gel aromático, toallas limpias con el logo del hostel bordado, un lavabo antiguo de madera con una palangana de porcelana, alfombras verdes a juego con los cuadros y la cortina de la bañera. La mampostería retro y las tuberías, pintadas también de verde, estaban a la vista. Todo era perfecto en la habitación. Faltaba ella tumbada en la cama, con las sábanas como única prenda. Además, tenía un bonito detalle, las habitaciones no estaban numeradas, nombres de árboles ordenaban las veinticinco habitaciones. El cansado viajero abrió la ventana y respiró aquel aire puro y limpio. La brisa era agradable, fresquita y solo se escuchaba el trinar de los pájaros que al atardecer revoloteaban más que a cualquier hora del día. El lugar tenía magia, quizás alimentado por la energía y chispa de Claudia. Esa mujer le gustaba, y le gustaba mucho. Quizás vuelva algún día. Pero José María aún no se había marchado, e iba a tardar en hacerlo.

Dori miraba la plaza del pueblo vacía. No le gustaba verla así, por eso se alegró un poco de que al menos hubiera una persona asomada en uno de los balcones del hostel de Claudia. Dori era agricultora, vendedora, madre, empresaria y camarera; además de una fan de Stephen King y Almudena Grandes. Por la mañana recogía los frutos que le daban su huerta, tomates, lechugas, nabos, coles, habas, etc. Entre ella y su marido, Adrián, cuidaban de su tierra, de más de cien olivos y una treintena de almendros. También hacían aceite y mermelada de pimientos. Todo ese esfuerzo en la tierra, el producto del trabajo hecho con el sudor de sus frentes felizmente casadas, lo aprovechaban como materia prima de su humilde bar, situado justo en la plaza del pueblo y donde mejor fin tenían tan sanos alimentos. A pesar de su aparente felicidad, del trabajo conjunto

de ella y su marido, Dori no era feliz. Miraba a su marido, aún con deseo, pero éste no parecía corresponderle tan ardiente como antes, ni siquiera un poco como antes, ni una pizca. Entrada en años y carnes, Dori portaba orgullosa una melena castaña rizada natural que le daban un aspecto de leona. No había un mote que mejor la definiera, por eso a ella no le importaba que la llamaran “La Leona”. No solo por su aspecto, tenía carácter, estricta madre, protegía a su familia con tenacidad; y por qué no decirlo, con ferocidad. Se decía que era ella “quien llevaba los pantalones en casa”. Ella luchaba contra esa frase machista aludiendo que los dos trabajaban por igual y las decisiones eran mutuas y consensuadas. Pero lo cierto es que ella, testaruda y mandona, aunque al principio debatía con su marido todo, era la que portaba la voz cantante, Adrián callaba y solo contestaba con un insulso movimiento de hombros arriba y abajo, y Dori se convirtió lenta pero inexorablemente en la Dama de Hierro de su casa.

“Dori tenía el bar vacío, como casi todas las tardes entre semana a esa hora. A las nueve comenzaba el “chorrillo” de gente, que, aunque no era mucha, lo suficiente para pagar la luz del día y no morir de aburrimiento total. En aquella hora muerta “La Leona” gustaba de sentarse en una silla y leer. Pero advirtió la presencia de un huésped nuevo y ya solo podía imaginar el porqué de la visita a aquel lugar perdido, aquel pueblo cuyo nombre apenas aparece en los mapas de carretera, aquel pueblo que no encuentras en el Google Maps. Era una escritora frustrada, o eso creía ella, pero lo cierto es que nunca se sentó a escribir, solo imaginaba, imaginaba, sin llegar a juntar jamás las palabras en una hoja en blanco. La luz de la habitación del visitante se apagó. Dori recordaba como trataba de hacer entender a Claudia que aquel hostel sería su ruina. Una cosa era un bar, del que puedes vivir de la gente del pueblo, por poca que sea, y otra cosa era un hostel; no solo por la inversión, sino por el pueblo, por aquel pueblo perdido de la mano de dios, por querer montar un negocio turístico en un sitio que está desaparecido, enclavado en una sierra donde a pesar de haber centenares de kilómetros de carretera jamás verás un cartel indicativo de La Aldeílla.

- ¿Está abierto?

-Pues claro, los trescientos sesenta y cinco días del año. Pase, pase. –Dori suponía que aquel hombre treintañero sería el mismo que estaba hace un momento asomado al balcón del hostel de Claudia-. ¿Qué va a tomar?

-Pues una cervecita, porque vaya día...

- ¿Problemas?

-Sí, no se ofenda, pero quedarse tirado con el coche por estas carreteras es un auténtico problema. Y gracias que estaba este hostel aquí. Yo incluso desconocía que existiera este pueblo, de hecho, no sale en mi GPS. Hasta pensaba que me estaba engañando el de la grúa.

-Esto es el culo del mundo, chico. Pero a que es bonito.

-Sí, de eso no hay duda.

-Y la dueña del hostel también, ehh. –Dori vendía muy bien a Claudia, a veces demasiado bien, pensaba ésta. José María sonrió.

-Es un encanto de mujer. Aparte de guapa claro.

-Y soltera. –Dori le acercó la caña.

- ¿Está haciendo usted de Celestina? –JM dio un buen trago y le pidió otra con un gesto de la mano y el dedo índice.

-Dios me libre. Yo solo doy información, y si se llegan a casar pues que me inviten a la boda y al convite. –Las carcajadas inundaron el bar.

- ¿Quiere algo de comer? –Dori servía la segunda caña, la primera apenas duró un par de sorbos.

-Sí por favor. Es lo que falta al hostel, una cafetería, un bar. –Dori hizo un gesto con la mano, levantó el dedo índice como queriendo advertir al cliente de sus palabras.

-De eso nada. Es un acuerdo. Ella no puede afrontar ese gasto, montar un bar, por eso me manda sus clientes a mí y yo le mando los pocos clientes que entran a mi bar que no tienen donde dormir. –José María levantó las manos como si le estuvieran apuntando.

-Vale, vale. No he dicho nada. Se llevan bien entonces, ¿no?

-Por supuesto. Perfectamente. Ella es un primor, un regalo del señor. ¿Ha visto como tiene esa mujer las habitaciones del hostel?

-Sí, como dice ella, son de cuento.

-Ella es de cuento, la princesita que espera a su príncipe azul. Qué machista ha quedado eso. –Dori torció el gesto de su boca.

- ¿Sí, por qué? No creo que haya quedado para nada machista. Es feliz sola, eso está claro, pero todos queremos que se enamoren de nosotros personas de las que nos enamoraríamos, y si ella es una princesa, debe de haber un príncipe para ella. Vamos, digo yo.

- ¿Eres de sangre azul, forastero? –Los dos rieron de nuevo.

-Bueno, que te voy a matar de hambre. Tengo revuelto de setas con jamón serrano, huevos con chorizo, croquetas de morcilla, entrecot y puré de patatas y calabacín.

-Mmmm póngame el puré con unas croquetas de esas. –Señalando la vitrina-. Tienen que estar buenísimas.

-Como la dueña. –Dori le guiño un ojo de forma cómica, de nuevo volvieron a reírse a carcajadas.

- ¿Qué pasa aquí con tanta risa? –El que preguntaba con cara extrañada y algo molesto era Romero, “el seco”. Apodo debido a su delgadez. Medía un metro y ochenta centímetros y apenas pesaría sesenta y cinco kilos.

-Nada Romero, nada. O es que una ya no puede ni reír.

-Ponme un vinito y haz el favor de reírte más bajo que me duele la cabeza. –Dori miró a José

María con desánimo. Le habló en voz baja. –No es mala gente, solo que no tiene tacto para hablar con los demás.

-Tienen un pueblo precioso. –José María quiso agradar a “El Seco”.

-Y muerto. ¿Cómo ha llegado aquí? Seguro que de casualidad.

-Pues tengo que darle la razón, sí.

-Ve. Es un pueblo muerto que recoge cadáveres, no se ofenda, quiero decir gente de paso, perdidos por el camino.

-Eso tiene su encanto, ¿No cree?

-No, no lo creo. Lo bonito es la prosperidad. Un cadáver bonito al final es solo eso, un cadáver.

-Siempre tan positivo Romero. Da gusto hablar contigo. –Interrumpió Dori.

-Pues no hables conmigo. Yo no doy cháchara. –JM pilló la indirecta y dio por concluida la charla con Romero.

La comida de “Casa Doris” fue un regalo para el paladar de José María, harto de comer en bares de carretera con sus insípidos menús y platos combinados anunciados en horribles fotos azuladas por el sol. Estaba tan cansado que ni siquiera pensó en Claudia. Quería invitarla a un café o algo más fuerte, pero sus párpados luchaban por no cerrarse como el telón de una función acabada. Entró al hostel y escuchó el sonido de lo que probablemente sería un programa de televisión. JM dejó la llave adrede en recepción para poder hablar con Claudia una vez más.

-Perdón. –JM se acercó a una pequeña salita donde rugía un televisor.

- ¿Has cenado ya? Seguro que Dori te ha tratado estupendamente bien.

-Sí. He comido muy bien, y reído.

-Dori es un amor, ¿A que sí?

-Y con un gran sentido del humor. Oye, quiero invitarte a una copa o un café, estoy cansado, pero sé que si me acuesto tan temprano a la hora estaré despierto y toda la noche en vela.

-Mañana debo madrugar...

-Algo rápido, un vaso de leche caliente, una infusión...

-Vale, que narices. Hago lo mismo todos los días, por una vez puedo cambiar mi rutina.

-Pues ya somos dos los que hemos roto con la dichosa rutina.



Volvieron al bar de “La Leona”, el único en el pueblo. Dori sonrió cómplice a José María. En la mesa del fondo conversaban amorosamente un matrimonio con la mitad de un siglo ya cumplidos; ella era Rosa Martínez, la mujer del maestro y él Alfonso Olea, “el maestro” claro. Alfonso no tenía ganas de jubilarse, ni de cambiar de mujer, locamente enamorado, y sin hijos, parecía un adolescente encaprichado. Rosa no se quedaba atrás, vivía por y para su marido, hasta dejó su trabajo de secretaria para pasar más tiempo juntos.

Claudia quería sentarse en la barra, pero José María ya había sacado la silla de una mesa ofreciéndosela caballerosamente a su posadera, como la llamó jocosamente. Claudia aferraba la taza de té con sus pequeñas manos blancas, limpias de anillos y pulseras.

- ¿Tienes frío?

-Un poco. Aquí de noche da igual el mes que sea, siempre refresca.

- ¿Es usted el viajero que ha sufrido una avería? –Preguntó un poco impertinente la mujer del maestro.

-Rosa, que cotilla eres. –Río Claudia.

-Me lo ha contado Dori. –Dori entornó los ojos al techo.

-Da igual, no me importa. Sí, soy yo. Era un viaje de negocios, se averió mi coche y aquí estoy. Nada que no se pueda solucionar.

-Vaya fastidio. Pero bueno, así descubre La Aldeilla, que no todo el mundo la conoce.

-Rosa, no molestes. –Alfonso “el Maestro” trataba de hacer callar a su mujer, que, aunque era muy buena, era famosa por sus cotilleos.

-No es molestia de verdad. –A José María no le importaba que le preguntaran, era sociable y muy simpático, le encantaba charlar con la gente mayor, pero esa noche quería intimar con Claudia, saber más de ella, escuchar su dulce voz mientras se ahogaba en sus ojos verdes turquesa.

-No le des pie a mi mujer que una vez suelte la lengua ya no hay quien la pare. –“El Maestro”, Claudia y Dori rieron mientras Rosa se ponía colorada.

La charla fue agradable, la pareja de cincuenta y tantos eran cariñosos y parlanchines, Claudia y José María cruzaban miradas y sonrisas. Dori llegó a bromear con cierta tensión sexual no resuelta y a Claudia le entró el sueño. Se despidieron sorprendidos por la hora, casi las tres de la madrugada. Ya en el hostel el viajero y la posadera se despidieron con un “buenas noches”, José María se quedó plantado esperando un beso de Claudia, quien pareció adivinar sus intenciones, dando media vuelta y dirigiéndose a su cuarto con los brazos cruzados y la cabeza mirando al suelo. Su pelo rubio brillaba con la luz del largo pasillo. JM esperó hasta que desapareció de su vista aquella mujer tan bella. Suspiró y miró la llave de su habitación, “Higuera”.

Don Camilo paseaba siempre antes de dar la misa, bordeaba todo el pueblo y después sus calles que llevaban a la pequeña iglesia, la joya del pueblo. En la puerta del hostel descubrió a un forastero que le dio los buenos días con suma amabilidad, don Camilo, que no perdía oportunidad de ganar nuevos fieles, aunque solo estuvieran de paso, lo invitó a asistir a su misa.

-No gracias. No soy creyente.

-Lo siento por ti, hijo. De todas formas, te invito de igual modo, total en este pueblo a esta hora ¿qué otra cosa se puede hacer que pasear?

-Pasearé entonces. –Y sonrió, le caía bien aquel cura-. Espero asista mucha gente.

-Oh, por supuesto. En este pueblo sí son todos muy creyentes. Que tenga un buen viaje. -José María tuvo una corazonada, no sabía por qué, pero la pieza que esperaba el taller para arreglar su coche no llegaría hoy. El viaje se iba a demorar un poco.

El sol calentaba los cuerpos de dos ancianos sentados en un banco de la plaza, dos abuelas con pañuelos de colores llevaban de la mano a sus nietas adornadas con lazos verdes en el pelo, una madre arreglaba el remolino de su hijo con un poco de saliva (pero ni la mejor laca del mundo bajaría esos pelos tan rebeldes), Lourdes, “la Beata” arreglaba el altar y daba lecciones a los monaguillos. Todos acudían a la llamada de la iglesia. Los niños correteaban todo lo que podían antes de meterse en el templo, sabedores de que una vez dentro ya no podrían hacer el más mínimo ruido. Algunos apuraban el cigarrillo en la puerta, donde sabiamente habían colocado una especie de papelería ceniceros para que nadie tirara las apestosas colillas al suelo. Todo parecía llevar un guion como de una serie de televisión. Por una extraña razón al viajero aquella estampa le conmovió y desagradó al mismo tiempo, pero miraba las caras de los habitantes de La Aldeilla y todos irradiaban felicidad, bueno, todos menos Romero, claro.

Don Camilo que saludaba a sus fieles como el abuelo que acude a una boda, alzó la vista al frente antes de entrar a la iglesia. Vio a Claudia barriendo la entrada de su negocio y al forastero hablando con ella. Por supuesto el bar de Dori también estaba abierto, no lo cerraba nunca, *esta mujer...* En mitad de las cavilaciones del cura una mujer delgaducha, de prominentes arrugas y con el pelo comenzando a clarear le preguntó cerca del oído: - ¿Es que la Claudia se ha echado ya novio por fin? -Don Camilo miró a la mujer con severidad, no le gustaban los cotilleos, en público claro, en “petit comité” eso era otra historia... Sonrió para disimular.

-Ahora no Remedios, ahora no.

-Dicen que es un viajante.

-No lo sé Remedios, ya hablaremos.

-A mí me gusta “pa” ella.

-Remedios no tienes hartura, eh.

-Padre, es que es un notición...

-No, ahora mismo no es nada, nada.

- ¿Se imagina casando a la Claudia, o lo haría por lo civil? –El cura la ignora mirando hacia el techo y mordiéndose el labio inferior.

## 6

El viajero respiró hondo el aire puro y sano de la mañana en aquel pueblo libre de humos y contaminación. Sonrió al ver en recepción un cartel escrito a mano y con dibujos: MEJOR QUE EN CASA. Claudia le dio los buenos días con su mejor sonrisa, y entonces JM señaló el cartel y afirmando con la cabeza dijo: -Es verdad, estoy mejor que en casa.

-Entonces disfruta del fin de semana aquí, por si el repuesto no ha llegado.

-Eso haré, no me agobiaré, lo prometo.

José María fue al taller con el deseo infantil de quedarse otra noche más. La pieza que faltaba para el arreglo de su coche era fácil de encontrar, otra cosa es que llegase un sábado por la mañana. O eso pensaba el viajero, que comenzaba a sentirse demasiado a gusto al lado de Claudia. Un fin de semana en aquel pueblo no estaba tan mal, sobre todo si permanecía cerca la guapísima dueña del hostel. Quizás se estaba encaprichando de aquella mujer, quizás era algo más, pero estaba a gusto con ella, estaba a gusto en aquel pueblecito perdido, donde el tiempo parecía ir más despacio. Al llegar al taller suspiró de alivio ya que no estaba el imbécil de la grúa. El mecánico salió a su encuentro arreglándose el tupé con las manos grasientas, parecía más un tic que un intento por mejorar su apariencia.

-Lo siento. –Movi6 la cabeza de izquierda a derecha-. No ha llegado ni creo que lo haga en toda la mañana. Tendrá que quedarse hasta el lunes, no puedo hacer otra cosa.

-Qué le vamos a hacer.

-Si quiere podemos llamar a la grúa de nuevo y buscar otro taller, -José María le interrumpió. No quería ni de lejos volver a tratar con aquel hombre maleducado e impertinente.

-No, no. Da igual, no hay tanta prisa. Me quedaré el fin de semana, total, hace tiempo que no me doy unas vacaciones. –Ambos rieron.

-Aquí se está a gusto, ¿verdad?

-En la gloria.

- ¿Qué tal el hostel de mi prima? A que es una preciosidad. –José María dudó por un momento sobre si el piropero era por el hostel o por Claudia.

-El hostel es único, está decorado con mucho gusto. Y su prima es un encanto.

-Sí, sí que lo es. Esta noche me pasaré por el bar de Dori, si le apetece podemos cenar los tres. Me llamo Antonio. –El mecánico le tendió la mano, estaba sucia, como todas las manos de los mecánicos. El viajero la estrechó sin reparos.

-José María. Tenéis un pueblo muy bonito, perdido en el mapa, pero bonito. –Los dos volvieron a reír.

En ese momento entraba un chico de unos veinte años, alto y fornido, con unas gafas muy grandes y un par de piezas de moto en las manos.

-Este es Fidel, mi ayudante. Es un loco de la mecánica.

-Hola. –Saludó tímidamente el muchacho.

-Se está montando una moto por piezas, es un inventor loco. –Antonio volvió a reír.

- ¿Te ha llegado ya ese tubo de escape? -Preguntó el chico ilusionado.

-No.- Fue un no alargado, noooooo-. Mira que eres pesado, ya llegará. Es una pieza extranjera.

-Bueno Antonio, yo me voy a dar una vuelta, hace un día inmejorable para pasear.

-Muy bien, a descansar y aprovechar el fin de semana. -Le volvió a estrechar la mano-. Nos vemos esta noche José María.

Al despedirse, el viajero no vio como el chico de las gafas lo miraba.

No paraba de darle vueltas a la cabeza, cómo se lanzaría, como le diría a Claudia que le gustaba, cómo reaccionaría ella, cuál era la mejor forma de soltar todo lo que llevaba dentro... estaba nervioso, con mariposas en el estómago como un adolescente atolondrado y primerizo. Estaba ilusionado y no quería que le rompieran el corazón, tampoco quería enamorarse de una mujer que

vivía tan lejos de su hogar, aunque bien pensado, él no tenía hogar; estaba más tiempo conduciendo que en su casa. Absorto en sus musarañas no se percató de la bicicleta que se le echaba encima, era Carlitos, el hijo más travieso de los Jiménez, o como los llamaban en el pueblo, “Los de la Villa”. Media melena, medio metro de estatura y ocho años y medio. Era el mediano de tres hermanos y su padre era medio tonto, pero eso José María no lo sabía. El choque pilló por sorpresa al viajero, pero no al crío que saltó justo antes del impacto. La bicicleta arrolló al forastero que caminaba distraído. Ya en el suelo y con una herida en la mano que sangraba, dando más espectáculo del que la herida requería, miró al piloto kamikaze que contestó antes de que le recriminara nada.

-Lo siento, tengo que arreglar los frenos. Lo siento, lo siento.

-Vas a matar a alguien chico. ¿Este trasto no tiene timbre?

-Sí, pero se me ha roto también.

-Lo que te vas a romper es la crisma. Alma de cántaro. –Carlitos le miró la mano, preocupado.

-Tranquilo chaval, la sangre es muy escandalosa pero no es nada. No te preocupes, pero arregla los frenos, por tu madre.

Carlitos se marchó de allí a la velocidad de la vergüenza y con el miedo de un posible castigo si sus padres se enteraban. En ese pueblo todo el mundo se enteraba de todo. Lo que no se imaginaba Carlitos es que de ese accidente nadie sabrá nada, y lamentará en su interior no haberlo contado antes.

## 8

Angustias podaba los setos de su jardín cuando descubrió al forastero echando fotos con el móvil a la fachada de su tan bien cuidada casa. Esperó un tiempo prudencial hasta que el –clic- de la cámara verificó la fotografía.

- ¿Qué está haciendo, fotos a mi casa?

-Sí, es muy llamativa, preciosa. –La fachada del caserón estaba plagada de plantas y pequeños arbustos. En la parte del balcón una hilera de macetas de vivos colores daba la bienvenida como un arco iris perfecto. Por la cantidad de plantas y su estado tan lustroso era fácil imaginar la dedicación tan entregada de aquella mujer-. Sus plantas son dignas de una foto.

-Ya, pero no ha pedido permiso. ¿Y si es usted un ladrón?

- ¿Un ladrón? Lo único que iba a robar es una foto. –La señora, que debía de rondar los sesenta años no pareció entender el chiste. Miró el pañuelo que llevaba atado José María en la mano

accidentada.

- ¿Y esa herida? ¿No habrá metido usted la mano donde no debía? -El viajante rio. Se miró la mano izquierda, con aquella improvisación de vendaje, y no supo qué decir.

-Estoy en el hostel “Buena estancia”. No se preocupe.

-Es de mi sobrina, Claudia. Si miente me enteraré.

- ¿Por qué iba a mentirle?

-Para robarme. –José María comenzaba a cansarse de la conversación con aquella mujer paranoica. Pero por lo visto era tía de Claudia y debía marcarse un tanto.

-Señora, tiene una sobrina encantadora. Ella es la única ladrona aquí, pues me ha robado el corazón. –Toma ya. Si no se la ganaba con eso...

-Ay mijo, tú no sabes cuántos corazones ha robado ella y cuantas veces le han roto el suyo.

-Angustias, deja de farfullar y deja a la gente en paz. Que te metes en “to”. –Era el marido de Angustias, Basilio. Un ex militar que llegó a ser alcalde del pueblo. Su voz sonaba grave y con autoridad.

-No se preocupe, no pasa nada. –Dijo el aprendiz de Don Juan. Angustias se alejó del balcón, se despidió con un rápido gesto con la mano; era una especie de adiós, pero JM pensó que podría significar cualquier cosa.

El viajero paró en una fuente para limpiarse la herida, que, como su avería, parecerán casualidades del maldito destino. En su destino pensaba José María, pero no de forma negativa, sino romántica. Los caminos y el destino, las decisiones a última hora y el azar; todo orquestado para conocer a Claudia, “su mesonera”. Su corazón trataba de hacer entrar en razón a su frío cerebro, estaba predestinado todo para que así ocurriera, era el tren que no debía dejar escapar. De repente se imaginó recorriendo las carreteras de la piel del toro deseando regresar al hostel para encontrarse con su chica, ella, Claudia, le estaría esperando con los brazos abiertos, la comida hecha y su entrepierna mojada. Deseaba hacerle el amor esa misma noche, bajo las estrellas que vigilaban La Aldeílla, en cada habitación del hostel, a la sombra de cada árbol de su huerto, besarle cada palmo de piel; cada cabello rubio como el sol, cada suspiro que emanase de su boca de fresa. Estaba perdiendo la cabeza, estaba enamorado. Pero no era momento para enamorarse y el destino ingrato le preparaba un giro de guion digno de Alfred Hitchcock.

## **CAPÍTULO 3**

### **UVAS**

1

“La tizná” bajaba la calle de La Amargura con el cesto lleno de uvas blancas. Quería refrescarse en la fuente antes de ir a casa del alcalde, donde debía dejar su carga. Esperó a que terminara un forastero que parecía estar curándose un corte en la mano. Era guapo y alto, no mucho, como a ella

le gustaban, ni más de un metro ochenta ni menos de uno setenta y cinco.

-Un corte feo. ¿Una suegra enfadada? –El forastero rio.

-No, un diablillo en bicicleta. Y no es tan feo, solo que las heridas en la mano sangran mucho, pero no es nada.

-Eso dijo Bob Marley de la herida en su pie y mira cómo acabó...

-Espero no correr la misma suerte. –Su cara sonrió forzosamente. No le gustaba pensar en la muerte.

-No creo que te desangres, pero se te puede infectar.

-Eres toda una fiesta, chica.

-Perdona, es que soy muy seria para los temas de salud. Me llamo Ángeles, pero aquí todos me dicen “la tizná”.

- ¿Por?

- ¿No ves mi piel y la del resto del pueblo? Aquí todos son más blancos que la leche y yo soy café con leche. Mi madre era gitana y mi padre payo.

-Me parece un mote feo para una muchacha tan simpática.

-A mí me da igual. La gente es buena aquí, me trata muy bien. –El forastero asintió con la cabeza.

-La verdad es que se está muy a gusto en este pueblecito. Son todos muy serviciales y simpáticos. Uno se siente como en casa.

- ¿Quiere uvas?

-Lo que decía, como en casa. –El forastero se llenó la mano izquierda, la que no estaba herida, de uvas recién cortadas. Ella lo miraba a los ojos mientras las probaba.

-Me llamo José María.

-Encantada, vivo justo arribica de esta calle. –Señaló la larga calle llamada La Amargura.

-Están buenísimas. –Ignorando el gesto de “la tizná”.

-Se las llevo al alcalde, a Jacinto le gustan una barbaridad. Y me las paga muy bien.

- ¿Vuestro alcalde se llama Jacinto? –Dijo JM con algo de sorna.

-Sí, ¿Qué pasa? Es un hombre muy bueno, ¿lo conoce?

-No, no tengo el placer. Me ha hecho gracia el nombre.

- ¿Se queda para el fin de semana?



-Qué remedio, tengo el coche en el taller. Pero creo que me lo voy a pasar bien.

-Nos veremos entonces esta noche. –Dijo “*esta noche*” con una segunda intención.

-Gracias por las uvas.

Ángeles llamó a la puerta de la casa del alcalde. Jacinto llevaba en el cargo cuatro legislaturas y ganando con mayoría absoluta siempre. Era muy querido en el pueblo, él y su mujer, Lucía. Una mujer siempre sonriente. La criada abrió la puerta.

-Niña, que aroma tan dulce traes. Pasa. –“La tizná” entró, se conocía la casa de memoria. Se dirigió a la cocina que estaba al entrar a la derecha. Dejó el cesto en la mesa de madera.

-Hace una mañana de verano.

-Es verdad, mírame a mí, en manga corta. –La criada, se señaló la blusa amarilla.

-Y vaya escotazo, María... -Las dos mujeres rieron.

-Como era aquello... lo que se tiene se luce y lo que no se pudre, ¿No?

-Eso digo yo. Mira que se lo digo a mi abuela cada vez que me regaña con la ropa que me pongo.

-Pero si tienes ya veinticuatro años chiquilla. Qué te tiene que decir tu abuela nada.

-Pues ya, pero ella es una mujer chapada a la antigua, ya sabes, tiene otras costumbres.

-Ay, si te viera tu madre y tu padre... -A “la tizná” no le gustaba que le recordaran constantemente que sus padres ya no estaban. Habían pasado ya cinco años desde que un camión desbocado los arrojara en la carretera del Río Chico, como llamaban a la carretera comarcal que unía al pueblo con el resto del mundo. Desde entonces su abuela era la encargada de criar a su nieta, pero su nieta se bastaba sola para criarse-. Tienes los mismos ojos que tu madre y los mismos andares.

-Eso siempre me lo dice Lucía. –Ángeles “la tizná” sonrió tímidamente bajando la cabeza y mirando a sus zapatos-. ¿Dónde está?

-No la he visto en toda la mañana. Salió temprano dice Jacinto.

-Quería hablar con ella. Ella siempre me entiende.

-Es verdad, Lucía siempre tiene la palabra correcta y el abrazo más oportuno.

Jacinto irrumpió en la cocina sin decir nada, no era propio de él, pensó Ángeles.

-Hola alcalde.

-Por dios Ángeles, no le llames alcalde, tiene nombre. A Lucía no le gusta que le llamen alcalde.

-Sí tengo nombre, pero me gusta que me llamen alcalde, porque me gusta serlo. Parece mentira que ella me conozca mejor que mi mujer. –La cara de “la tizná” comenzaba a cambiar de color,

colorada como un tomate volvió a mirar sus zapatos. Estaba incómoda.

-Tienes la cocina hecha un asco María, todo por medio, mira el fregadero, y la mesa todavía con las uvas encima del cesto. Que desastre.

-Se habrá levantado con el pie izquierdo. –La criada del alcalde, ignorando el mal humor de éste, trataba de aflojar la tensión en la cocina. –A Ángeles, Jacinto siempre le había parecido un hombre encantador, admirable, educado y servicial; pero aquella mañana era otra persona, el típico marido amargado y adusto.

- ¿Dónde se habrá metido mi mujer? Siempre está por ahí, agradando a todo el mundo menos a su marido.

- ¿Le ocurre algo Don Jacinto?

-Que no está mi mujer aquí, solo eso.

-Ya vendrá. Estará de cháchara con alguna amiga, ya sabe cómo son las mujeres de parlanchinas. - María trataba de tranquilizarlo. Ella siempre pensó que el matrimonio entre Jacinto y Lucía era perfecto. Un ejemplo para los demás. Con libertad para llevar cada cual una vida independiente, pero contando siempre el uno con el otro. Sin escenas ni reproches.

Jacinto miró por la ventana, en la fuente descubrió a un forastero, por un instante se le iluminó la cara, por fin gente nueva en el pueblo. Jacinto salió a respirar el aire de la mañana. Y de paso, charlar con el visitante. El día mejoraba.

## 2

-Hace una muy buena mañana, ¿no cree?

-Sí. No hay duda. –José María no dejaba de sorprenderse de lo simpática que era la gente en La Aldeilla.

- ¿Ha sufrido un accidente?

-No, es que tuve una avería y me están arreglando el coche en el taller de aquí y-El alcalde le interrumpió.

-No, me refería a la mano.

-Ah, sí, vale. –JM se ríe-. Esto no es nada. Un chiquillo que iba como un diablo en su bicicleta.

-Seguro que el hijo menor de “los de la Villa”.

-Estaba tan asustado que no me dijo ni su nombre. Era rubio, con alguna peca en la cara, creo.

-El mismo. Carlitos.

-Se marchó corriendo muerto de vergüenza.

-Ya, mejor dicho, preocupado por si lo pillan. Ese niño es un peligro.

-Bueno, ¿quién no ha chocado nunca con la bicicleta siendo un niño?

-Yo jamás tuve una. Ahora los niños tienen de todo, por eso no lo valoran.

-Usted tampoco se ha presentado. Yo soy José María.

-Jacinto, el alcalde.

-Ah sí. Mucho gusto. Tienen el pueblo precioso.

-Muchas gracias. Entre todos mejoramos La Aldeílla. Nos esforzamos mucho para mantenerlo así. No es fácil.

-Supongo que con cada generación el pueblo irá perdiendo habitantes. Todos se van a la capital. Aquí...

-Aquí se puede hacer de todo, hay trabajo, casas, luz, carreteras, es verdad que estamos lejos de todo, pero ¿qué encanto tendría entonces La Aldeílla?

-Supongo que no sería igual. Esto es precioso.

-Sí, pero los jóvenes no valoran sus raíces, su lugar. Nos traicionan. Llegará un día en el que no quede nadie en este pueblo perdido.

-Seguro que eso no pasa. Lo de los jóvenes... es normal que traten de buscarse la vida, mejorar.

- ¿Cree que los que nos quedamos en el pueblo somos unos fracasados?

-Yo no he dicho eso. –JM comenzaba a sentirse muy incómodo con la conversación.

-Ya, pero lo piensa.

-De ninguna manera, solo quería decir...-Jacinto levantó la mano para interrumpir al forastero.

-Lo que ha querido decir. Los jóvenes aquí no tienen nada que hacer nada más que el campo y el pastoreo.

-No se ofenda, pero poco más veo yo. Y es una pena porque, repito, tienen un edén aquí.

-Déjeme decirle una cosa, José María. –Jacinto ensombreció su rostro.

-Dígame.

-El edén se puede convertir en un infierno. La soledad transmuta a algunas personas, el viento de estas llanuras te afecta como un espíritu arcano que quiere jugar contigo. Por la noche el bosque habla, y los animales te acechan. Aquí las sombras respiran y hay ojos en las paredes. -José María sonrió estúpidamente, no sabía que decir ni que hacer. Solo quería irse, perder de vista a aquel lunático. Y como si aquellas palabras no hubieran surgido jamás de la boca del alcalde, Jacinto se despidió amablemente y con un semblante totalmente diferente.

-Que pase un buen día y disfrute de nuestro amado pueblo.

JM se despidió con un gesto de su mano, estaba confuso, no sabía qué decirle a aquel hombre enajenado. Se alejó de la fuente y continuó su paseo. Saludó a varios vecinos del pueblo. Le encantaba pasear y que, sin ser él de aquel lugar, sus habitantes le saludaran con cortesía, llanamente, como sólo se hace en los pueblos de este país. Anduvo por un camino empedrado y escoltado por pequeños ficus, que rodeaba la pequeña población sirviendo sus salientes de miradores.

Caminando perdió la noción del tiempo, el aire era puro, limpio, las casas todas bonitas, la gente sencilla, salvo el alcalde, que pensaba JM, debería visitar a un psicólogo. Pero lo mejor era que estaba apartado de todo. Siguió caminando disfrutando de la tranquilidad, de la brisa de la sierra y el canto de los pájaros, sin percatarse de una sombra que lo seguía.

### 3

Entonces volvió a ver a la muchacha de las uvas, estaba nerviosa, tenía un morado en el brazo e iba tirando las pocas uvas que le quedaban en la cesta. José María le preguntó dónde se había mojado la blusa, iba empapada, mostrando sus pechos turgentes, su piel morena, tersa, joven y dorada. Si no fuera por Claudia aquella chica le hubiera robado el sentido. Ángeles hablaba atropelladamente, tratando de disculparse y alejándose cada vez más, tenía prisa por llegar a su casa. Comenzaba a brotar en su cuello una marca rojiza. José María se preocupó por ella, que ahora le parecía más pequeña y débil, más infeliz y perdida. Sintió que ella corría un gran peligro. Trató de alcanzarla para calmarla y ver si podía ayudarla, todo era en vano, “La tizná” rehusó todos sus ofrecimientos afirmando una y otra vez que no pasaba nada. Solo quería cambiarse de ropa. Al hablar JM pudo descubrir sangre en los labios de la muchacha. Una ventana se cerró con sigilo detrás de José María, una puerta se entornó, a través del resquicio solo se veía oscuridad, como las fauces de una bestia. En la calle empedrada, que tan bonita le pareció antes, ahora reinaba un silencio extraño. Solo resonaban los pasos de “La tizná” alejándose a toda prisa. La tranquilidad y paz del lugar se transformaron en una sensación inestable, alteración y desconfianza. José María sintió inseguridad. Tras aquellas puertas, aldabas, ventanales y postigos se ocultaban recelosos ojos y oídos vigilando, acechando; cada casa era un laberinto que llevaban a un monstruo diferente. Lo sintió en su piel que se erizó, lo sintió profundamente en su interior. Aquellas sensaciones no solían fallarle a él. Siempre desechaba el camino que le producía la menor sensación de desconfianza. Y nunca le pasó nada en sus viajes por las carreteras, salvo en

esta ocasión. Aquella aldeilla que tanto le gustaba estaba gritándole ahora que se fuera lejos, cuanto antes. José María quería irse ya mismo, no sabía muy bien por qué, pero quería irse. Tenía un palpito demasiado intenso como para ignorarlo. Caminó de prisa, pisando las uvas de Ángeles, a las que miró como a una profecía. Sabía que cada vez que volviera a comer uvas, se acordaría de “La tizná”, pero para ello debía de salir de aquel pueblo. Sin saber por qué se acordó de las absurdas palabras del alcalde.

Miró su móvil, sin datos, la cobertura iba y venía. Decidió probar suerte, llamó a su seguro. Era una urgencia, llamaría para pedir un coche de sustitución, así se lo dijo a la operadora, cuya voz le pareció un coro de ninfas. Necesitaba irse de ese pueblo. En ese instante un hombre alto, fornido, mayor y con grandes bigotes caminaba en dirección opuesta a él. La sensación de peligro se acrecentó con la presencia de aquel hombre. José María lo miró a los ojos y tuvo la sensación de haberlo visto antes. La operadora dijo algo, pero el sonido era penoso. La cobertura se fue y JM se sintió muy solo, abandonado. Comenzaba a pensar que estaba paranoico. El hombre parecía disminuir la velocidad al llegar a su altura, JM se puso en tensión. Un campanazo, del reloj del pueblo, rompió el silencio, al viajero se le cayó el móvil por la sorpresa y al agacharse a recogerlo aquel hombre no estaba. JM miró a todas partes, mas allí no había nadie. Se mesó los cabellos, se agarró las rodillas, trató de inspirar aire. Tenía que irse de allí, y como un empujón fantasmal, una voz le dijo, allí mismo en la calle solitaria, “vete”.

## **CAPÍTULO 4**

### **EL ALMUERZO**

El viajero anduvo deprisa en dirección al hostel Buena Estancia. Deseaba marcharse, llamar a su seguro y que le mandaran un vehículo de sustitución. Era de esperar que allí habría teléfono fijo y quizás hasta internet. Debía abandonar aquel pueblo lo antes posible. Ya. La extraña sensación de peligro le persiguió por cada calle hasta llegar al hostel. Allí, franqueado por dos duendecillos que se reían se erigía el hostel de Claudia. La sensación de peligro se apaciguó mientras cruzaba la hilera de castaños. De repente José María se paró en seco y se giró, sentía que alguien le observaba, y así era. Un hombre alto, fornido, bastante mayor y de grandes bigotes le miraba desde la puerta del bar. No podía ser, ¿estaba viendo visiones? Un segundo problema se le sumaba a José María, comenzó a tener sed. No de una cerveza, a la que podía controlar, sino de algo más fuerte, whisky, ginebra, bourbon, vodka, absenta... entonces sacudió la cabeza como tratando de espantar musarañas de su mente, como si los diablillos verdes y las hadas de la absenta se difuminaran con aquel movimiento. Al cruzar la puerta ya no le parecieron tan graciosos los duendes de la fachada. Le estaban visitando fantasmas del pasado, y eso era algo que JM no debía permitir.

En el hall del hostel le esperaba Claudia, al lado un hombre con tupé. Era Antonio, el mecánico, el primo de Claudia. JM, en un esfuerzo por disimular su ansiedad, bromeó con Antonio, sin la grasa no lo había reconocido. Organizaron una comida en el bar de Dori, Claudia, Antonio y él. No le apetecía en absoluto.

Ya en el bar JM tuvo que contestar varias veces que no le pasaba nada, tanto Dori como Claudia notaron el nerviosismo de JM, ya en la mesa, el viajero pidió agua, no quería beber alcohol, ni siquiera cerveza. No podía permitirse perder el control. Estuvo a punto de salir corriendo al darse cuenta de que se había dejado el móvil en la habitación del hostel. Apenas tenía cobertura y sospechaba que le sería inútil, aun así, sentía aquel descuido como un error fatal.

En la mesa del fondo estaba sentado aquel hombre de grandes bigotes. Estaba sentado solo, de espaldas. No podía ser un fantasma. Había dos mesas más ocupadas, en una estaba la señora de la casa de macetas tan bien cuidadas, la tía de Claudia, Angustias, y su marido Basilio. Se saludaron, pero el gesto del ex militar fue muy seco. En la otra una señora muy gorda de risa insufrible, de esas que provocan dolor de cabeza y que quieras dejar la mesa y alejarte de tan horrible cacareo. Junto a ella dos mujeres más, Remedios, la cotilla y la vecina del cura, Otilia, de mirada algo siniestra. En la barra se encontraba el seco, otro tipo más rollizo, con la camisa abierta y la tripa de un oso, algo borracho y desaliñado, y un tercero, de cara traviesa, ojos pequeños y que hablaba todo el rato en verso: - Buenas noches forastero, que pases buena noche espero.

A José María se le antojo el bar más pequeño que el día anterior.

El mecánico bromeó con el agua, pero paró cuando su prima se lo pidió.

-El agua es lo más sano. Hay que beber más agua y menos cerveza, mira la tripa que estás

echando.

Antonio se fue al baño, momento que aprovechó Claudia para volver a insistir.

-Ahora que estamos solos, ¿de verdad que no te ha ocurrido nada? Tienes otra cara, te veo muy preocupado. - Hizo hincapié en el “muy”.

- ¿Puedo ser sincero contigo?

-Claro, eres mi único huésped, bromeó Claudia.

-Mira, me he cruzado con la gitanilla del pueblo, no sé si hay más, la llaman “La tizná”.

-Sí, es guapísima. ¿Qué te ha ocurrido con ella? -Hizo la pregunta como si supiera la respuesta, como si se imaginase que ellos hubieran tenido una aventura, un affaire.

JM le explicó su agradable encuentro en la fuente y luego el nerviosismo de ella cuando se la encontró de repente. Asustada y con el moratón en el cuello y en el brazo, la sangre en la boca y la ropa totalmente mojada. Claudia se tensó, pero JM no se percató de ello y siguió con su relato en voz baja, para que nadie pudiera oírle. Le narró su sensación, las puertas y ventanas, y la voz diciéndole vete.

-No estoy loco Claudia, ni esto es una broma. Pero creo que a esa chiquilla la perseguían. Y creo que ese hombre sabe algo. -Le indicó a Claudia que se refería al hombre del fondo, el que se encontraba de espaldas a todos, el de grandes bigotes. El que desaparecía.

-Es Joel, aunque no te lo creas tiene noventa años. Antes tenía una funeraria. No sé por qué, pero hay algo en él que me pone los pelos de punta, es un hombre extraño, inquietante.

-Desde luego es un personaje de película, de película de terror. ¿Qué pensarías si te digo que me lo he cruzado por una callejuela, me he agachado para coger el móvil y al levantarme ya no estaba?

-Ay José María, pues que te estás quedando conmigo.

-Te digo que es cierto. Y me persigue. Creo que la voz que escuché diciéndome que me fuera, era la de él. -Una risotada interrumpió la conversación por un instante.

-No soporto esa risa. -Dijo con sinceridad marcada Claudia.

-Yo tampoco. Me miran mucho esas mujeres.

-No te preocupes. -Claudia rio-. Eres un forastero, su nuevo divertimento, la novedad.

Antonio regresó del servicio de hombres, la conversación volvió a la banalidad anterior, pero JM seguía nervioso y tenso. Quería explicarle todo con calma a Claudia, quería que la mujer de las risotadas parara, que el borracho de la barra se callara y el pesado de los versos también. Todo le molestaba, pero ninguno le ponía el vello de punta como el hombre de negro al fondo del bar, de espaldas, pero como si lo estuviera mirando fijamente a los ojos. Entonces José María observó un

cambio en la expresión de Claudia, que miraba hacia la puerta. JM siguió la mirada de Claudia, era el chico tímido que vio en el taller mecánico, Fidel, antes de que Antonio o Claudia pudieran saludarle el chico se esfumó.

Estaría buscando a alguien. –Concluyó Antonio. Claudia no parecía satisfecha con la conclusión.

-Me parece mal educado no entrar a un sitio donde conoces a todos y no decir nada.

-Tendría prisa, prima. Es un chaval, van atontados.

-La edad del pavo. –Apuntó JM, sintiendo algo parecido a lo que decía Claudia, pero no era falta de educación, fue raro. Como toda esa tarde.

Estaban ya en los postres, JM anhelaba estar a solas con Claudia, la deseaba, pero deseaba más explicarle que algo extraño pasaba. Para centrarse decidió no apartar la mirada de los ojos verdes de aquella mujer tan bella, se dejó llevar, probó un chupito de licor de hierbas de la casa, y se prometió a sí mismo intentarlo, dormir abrazado a su Afrodita particular. Ella lo observaba curiosa, incluso sus miradas se cruzaban y permanecían en un letargo carnal. Se deseaban, seguro que sí, pensaba José María, pero cuando parecía relajarse del todo notó un cambio en el fondo del comedor, el hombre alto de los bigotes se había dado la vuelta y lo estaba mirando. El viajero volvió a ponerse nervioso, incluso rellenó el vaso de chupito ante la mirada de los demás comensales, y se lo bebió del tirón. Estaba sudando y no podía parar de mirar a aquel hombre fantasmagórico, el funesto palpito regresó. Entonces unas palabras nacieron de la boca del hombre de negro, volaron por el bar, pero solo JM las escuchó: “vas a morir, aquí”. José María se levantó sobresaltado, asustando a todos los que estaban en el bar. Se quedó mirando a Joel, no sabía cómo lo había hecho. Miró a Claudia esperando una respuesta, pero nadie había escuchado nada.

- ¿De verdad que nadie ha escuchado nada? ¿No habéis escuchado como...? –Al darse cuenta de su ridícula reacción se sentó molesto y confuso. Se aflojó el primer botón de su camisa, se enjugó el sudor de su frente, bebió agua y pidió a Claudia irse cuanto antes.

Un gong rompió el silencio del mediodía en La Aldeilla, era la campana de la iglesia.

- ¿Quién ha muerto? -Preguntó Dori a los allí presentes.

- ¿Cómo? -Preguntó JM extrañado.

-Es... -Claudia indicó con el dedo, hacia fuera, en dirección a la iglesia, refiriéndose a la campana-. el toque de muerto. -<lo que me faltaba> pensó el viajero.

-El toque de muerto en el pueblo retumba/ya cavan el hoyo para la tumba. -Era el borracho poeta.

-Pues yo me voy a mi hostel, a ver si me pueden mandar ese coche de sustitución, que a mí los funerales... Dime que se debe Dori. - JM no podía más. Y, sin saber muy bien por qué, guardaba una idea, más bien una corazonada, de quién podría ser la persona muerta.

- ¿Pero no decías que tu seguro no tenía coche de sustitución? -Preguntó Antonio el mecánico. José María no sabía qué decir, solo deseaba largarse de allí.



-Tú no vas a ninguna parte. –Un hombre con una oz en la mano franqueó la puerta del bar. Detrás de él, Jacinto, el alcalde y otro hombre vestido de cazador, con escopeta y un par de perdices colgadas de su cinto.

- Pero... ¿qué estáis diciendo? - Preguntó Claudia alarmada.

-Amancio ha encontrado a Ángeles...-Jacinto, el alcalde, hizo una pausa para llevarse el puño a la boca, a José María le pareció una pausa demasiado dramática, falsa-. Ha descubierto el cadáver de Ángeles, la han matado. Era solo una muchacha...

-Lo siento muchísimo, era encantadora, pero... ¿qué tiene que ver eso conmigo?

-Pues que tú la mataste. - El hombre de los bigotes enormes se levantó de su asiento cual largo era y señaló con su lánguido brazo a José María.

Hubo un gran revuelo en el bar, José María trataba de explicar que nada de eso era cierto, que si alguien la había matado por qué no Joel, que había sido el primero en acusar. Pero Jacinto alegó que varios vecinos lo vieron hablando con la chica, que incluso hubo un forcejeo. JM no daba crédito, miró a Claudia esperando ayuda en su defensa, pero Claudia solo bajó la cabeza. El mecánico, Antonio, con el que acaba de comer y tener una reunión tranquila, ahora reforzaba la acusación con pruebas en el coche, pues llevaba catálogos de cuchillos y espadas, armas de fuego y caza mayor. José María no podía creer tal demencia y que ese mecánico cotilla hubiera hurgado en sus pertenencias.

-Es mi trabajo por el amor de Dios. Llamad a la policía. No tenéis ninguna prueba, esto es una locura.

-Lleva nervioso desde que entró. -Dijo la señora de las risotadas.

-Sí, se diría que tenía algo que ocultar. -Dijo Remedios de seguidillo.

-Yo lo vi limpiar su mano de sangre en la fuente. - Era la tía de Claudia, JM levantó su mano mostrando su herida para explicarlo, no podía creer tantas injurias absurdas contra él.

-Hace un momento ha saltado de su silla como un mono. Está claro que no tiene la conciencia tranquila. –Dijo el ex militar Basilio.

-Para mí está más que claro. –El hombre robusto que portaba la oz en una mano agarró a José María con su mano libre, atrapándole por la muñeca. JM sintió como si aquellos dedos fueran tenazas. Imposible zafarse de aquella fuerza.

-Esto es una locura. –JM miraba a Dori y a Claudia buscando auxilio y comprensión, quizás algo de cordura en aquella pesadilla. Pero las dos mujeres estaban consternadas-. ¡Soy inocente! La policía lo demostrará, se reirán de vosotros, paletos. –Insultarlos no ayudaba en su situación.

Un silencio fúnebre se apoderó de la escena. Se escuchaban los pasos de los demás habitantes llegando a la plaza y preguntándose qué había ocurrido. El cura señalaba el bar.

-Es posible que la policía encuentre pruebas y es posible que no. Pero esto es La Aldeílla, nunca ha sido asesinado nadie, hasta hoy. Para mí está muy claro. Cristalino. –Sentenció Jacinto, el alcalde.

-No llames a la policía Jacinto, ni a la guardia civil. Se está demasiado bien en la cárcel. Hagámosle lo mismo a él. –La macabra solución era de Basilio.

El cazador secundó la idea, a la que se sumó Emiliano, quien sujetaba a JM, el borracho, el aprendiz de poeta, las tres mujeres de la mesa, el mecánico quien lo miraba con profunda inquina y Jacinto, quien sentenció: -No necesitamos a nadie, ya sabemos cómo funciona la justicia en nuestro país...

Al viajero le sorprendió que el único hombre que no aprobó tal salvajismo fuera Romero, el hombre áspero de difícil conversación.

- ¿Tienes algo que decir? –Le preguntó el alcalde.

- ¿Yo...? –José María estaba aterrado. Pero su cerebro trataba de pensar-. ¿Puedo ir al baño? - Todos los que reclamaban sangre rieron. Lo vieron estúpido e infantil. Jacinto le hizo un gesto a Emiliano con la mano para que lo soltara, éste le sonrió de forma extraña al viajero. Estaban todos locos. Dori hizo ademán de decir algo mirando al baño, pero se calló.

-Dejarlo que haga sus necesidades, no vaya que se nos cague encima. -Todos rieron la chanza del cazador.

JM entró al baño rezando por que no hubiera rejas en la ventana que recordaba que había encima del wáter. Suspiró aliviado al comprobar que así era. Echó el pestillo para ganar tiempo si decidían entrar. En la ventana solo una red mosquitera que, de un impetuoso puñetazo empujado por la adrenalina, rompió de un solo golpe. Había altura, pero nada que no pudiera solventar. Se escucharon unos golpes en la puerta, no tardarían en echarla abajo.

Se alegró de la estupidez de sus captores, de su exceso de confianza, pero como no tuviera suerte y actuase rápido lo atraparían de nuevo, y esta vez no tendría escapatoria.

En la plaza del pueblo la noticia corrió como un reguero de pólvora. Todos se daban prisa en armarse y marchar en busca del asesino de “La tizna”. El pueblo no era muy grande, no tardarían mucho en encontrarlo. Ellos vivían ahí, él solo era un forastero más.

De la ventana saltó, no sin dificultad, a una acacia que estaba justo debajo. Las ramas le arañaron las piernas y los brazos, pero la que le iba a causar problemas era los dos cortes en la cara. Uno en la mejilla y otro justo encima de la ceja, la sangre brotaba y no le dejaba ver bien con el ojo izquierdo. La última frontera en su primera fase para la escapada de la ira de La Aldeílla era una

pequeña tapia, detrás un huerto y a continuación el pueblo lleno de aldeanos con sed de venganza. Trepó con agilidad a la tapia, tuvo que evitar unos cristales clavados con cemento en el borde del estrecho muro. No pudo evitar abrirse la herida de la mano. Cuando estaba a punto de saltar, un disparo rompió el silencio del pueblo. Varios balines se incrustaron en la espalda, hombro y brazo de José María. Cayó al huerto herido, su camisa gris estaba manchada de sangre, apenas veía donde pisaba y sabía que ya habían descubierto su huida. Tenía que correr, buscar un refugio para recuperarse. Se limpió con la manga de la camisa la sangre de la frente, y por un pequeño agujero de la tapia pudo ver como el cazador y Jacinto miraban por la ventana del cuarto de baño del bar. Se escuchó cierto revuelo más arriba, en la plaza. JM salió corriendo ignorando el dolor, saltando otra verja de alambre. El segundo disparo solo le rozó, lacerándole el muslo. No podía caer, otro disparo y no tendría más fuerzas para seguir. Giró en cuanto alcanzó el final de la calle, no respiraba bien, estaba muy nervioso, herido y tratando de pensar frenéticamente como escapar con vida.

Recordaba un poco las calles, sabía que el taller mecánico estaba en las afueras, con suerte podría llegar allí, coger varias llaves y dar con algún coche que pudiera sacarlo del pueblo. Paró en un soportal oscuro, necesitaba coger aire. En las calles se escuchaban gritos, palos golpeando las paredes, coches con el motor en marcha. Enfrente vio una casa con el postigo entreabierto, la dueña estaba saliendo, llamando a su marido que estaba en la parte superior de la calle. Éste bajaba a por ella, iba armado con una escopeta y le dio una pequeña guadaña a su mujer. JM estaba escondido tras una gran cantarera de arcilla, veía la escena entre la cantarera y la pared, camuflado también por la enredadera que nacía de la enorme vasija. Estaba aterrado pues no tenía ni idea de a dónde ir. Todo el pueblo lo buscaba sin excepción.

El matrimonio se dispuso a partir en la búsqueda del asesino de “La Tizná”, pero el postigo se quedó abierto. El viajero esperó a que los pasos de la pareja se perdieran para cruzar la calle a toda prisa y saltar por el postigo. Entró en la casa y se dio cuenta que podría haber cometido un tremendo error. No sabía si la casa estaba vacía. Pese a ello decidió permanecer allí, seguro de que no lo buscarían en un largo rato. Tenía un plan, de noche sería más fácil moverse por el pueblo que a la luz del día. Lo volvían a subestimar, todos en la calle buscándolo, por el pueblo, por el campo; y él estaba allí, en una de las casas de la marabunta que lo buscaba, curándose las heridas y decidiendo su próximo movimiento.

Buscó un botiquín y comenzó con la curación a sabiendas de que sería imposible sacar por él mismo algunos balines. Un ruido en la casa hizo derramar el bote de yodo a JM. Se asustó, había alguien más en la casa. Agarró un adorno de la pared, era una azada antigua. Se encaminó hacia el ruido, al abrir la puerta del pasillo una niña lo miraba asustada y muy sorprendida. JM trató de calmarla inútilmente, pues la niña iba a chillar en cualquier momento. Ambos se miraron, JM levantó su mano en dirección a la cría, de unos siete años, con la intención de calmarla. La niña miraba la sangre en la ropa y el cuerpo del viajero. Una muchedumbre de gente estaba pasando en ese instante por la calle donde estaba la casa, caminaban agitados al grito de “asesino, y ¡venganza, matemos al asesino!”, empuñaban armas, y utensilios de labranza. La niña, atando cabos rápidamente, gritó. JM se lanzó a por ella, tapándole la boca y agarrándola por la cintura. Le dijo al oído que no gritara. Esperó la reacción de afuera, pero nadie pareció escuchar a la niña entre tanto vocerío. Rápidamente se la llevó donde estaba curándose las heridas y le colocó

esparadrapo y vendas en la boca para silenciarla. Le ató las manos y los pies y la dejó en su cama. Le dijo a la niña que lo perdonase, que él no era ningún asesino. JM no sabía por qué le explicaba todo eso a una cría de siete años, que solo lloraba y lloraba.

Bebió agua y se quedó con la azada. También un machete de caza, un abrigo largo con capucha, una caja de cerillas y una linterna. Descubrió una puerta trasera que daba a un pequeño patio y se marchó. Sabía que aquel abrigo, aunque le tapara la cara, no le serviría para pasar desapercibido, pero sí para que no lo descubrieran si lo veían desde una distancia lejana. Todo sumaba y no tenía muchas más opciones.

## **CAPÍTULO 5**

### **CON LOS GATOS**

Por quinta vez buscó en su bolsillo su móvil. Ahora maldecía habérselo dejado en el hostal. La cobertura era malísima en el pueblo y pensó que para qué cogerlo. Ahora se maldecía por tal decisión. Caminaba con sigilo, y muerto de miedo. Todo el pueblo, sin excepción, estaba buscándole. No lo entregarían a la policía, no harían un juicio, ni siquiera le preguntarían antes de matarlo; solo querían venganza.

La idea de descubrir realmente quien la mató le seducía, descubrir al asesino de Ángeles, hacer justicia y demostrarles a esos paletos lo equivocados que estaban. Pero ese plan era suicida, una utopía. Mas una idea no paraba de golpearle en la cabeza. “La tizná”; venía de la casa del alcalde, era evidente que allí pasó algo. Quizás el hombre extraño del bigote estaba ayudando a Jacinto. Trataron de ponerme nervioso, que pareciera que yo ocultase algo. Seguro que a esa pobre chiquilla la forzaron y luego la mataron. Pero aquella idea tampoco tenía sentido, ¿por qué lo hicieron? El viajero no tenía respuesta para esa pregunta. Ensimismado en sus hipótesis no se percató de un sonido que se acercaba. Era el roce de un cartón con el viento, como las cartas de póker que robaba a su padre para ponerlas en la rueda de la bici y hacer más ruido con la velocidad. JM se puso nervioso pues el sonido se acercaba muy rápidamente. Se escondió debajo de un coche, con la azada fuertemente agarrada. No se fiaba de nadie, ni siquiera de los críos.

Cuatro niños derraparon justo a la misma altura del coche.

- ¿Seguro que has visto algo?

-Sí, seguro. He visto la sombra, estaba escondido por aquí.

JM ni se imaginaba cómo podrían haberlo visto. Debía de tener más cautela, las sombras comenzaban a alargarse con el ocaso y esta gente no era de ciudad. Sabían si una sombra se escondía o era solo eso, una sombra.

-Si lo encontramos nosotros antes que los mayores seremos héroes.

- ¿Y si nos mata?

-Cobarde, vamos armados. Llevo la escopeta de mi padre.

-Queréis callaros. Podría estar escondido por aquí. Idiotas.

JM sabía que lo encontrarían. Los niños tienen imaginación, juegan al escondite, y esconderse debajo de un coche en la calle es como esconderse debajo de la cama en una casa. Quería moverse, pero cualquier roce con el suelo lo escucharían. Todos los críos quedaron en silencio, cada segundo se hacía eterno, JM pensaba que lo habían visto, pero él solo veía los pies caminando hacia los coches. Uno de ellos arrastraba un pico de obra. Comenzaron a reír de repente, uno de ellos sacó unos petardos que encendieron y tiraron debajo de los coches. Dos de ellos fueron a parar justo al coche donde se escondía José María. Gracias al abrigo no sufrió quemaduras, pero los oídos le pitaban y tuvo que morderse el brazo para aguantar el susto y el dolor. De nuevo silencio, unos ladridos llamaron la atención de los críos. Era un pastor alemán enorme, precioso y fatal pues JM pensó que era el peor animal que podría entrar en escena. Eran listos y fieles. Y nunca abandonaban en su empeño. Trató de salir de debajo del coche ahora que

los ladridos ahogaban el ruido de sus movimientos. Apoyado en la rueda del coche se dio cuenta que no tenía freno de mano. Observaba a unos gatos que saltaban a una higuera y de ésta a un tejado, estaban asustados por el perro. Entonces se le iluminó la mente al viajero. Él haría lo mismo que los gatos, ascendería a los tejados y desde allí podría observar donde se encontraba la turba de locos paletos. Los ladridos del perro se acercaban, tenía que huir, aunque no sabía cómo hacerlo de un pastor alemán. De pronto el can se encontraba mordiendo la parte baja de su abrigo, los niños desde el otro lado jaleaban al perro. El pastor alemán gruñía y José María no tenía tiempo para remilgos, le asestó un duro golpe con la azada en la pata, el can aulló de dolor, a JM no le gustó golpear al animal, pero su vida estaba en juego. Se revolvió de frente hacia los críos, sabedor de que portaban un arma, se abalanzó arrojando la escopeta fuera de su alcance, pero el chico del pico le golpeó con fuerza en la espalda, casi sin aire contratacó golpeando las pequeñas manos que sujetaban el pico, el niño gritó llorando y los demás corrieron a por ayuda. JM no sintió lastima ninguna. Era el fastidioso crío rubio de la bicicleta.

Empujó el coche hacia la higuera, desde el techo del coche saltó al árbol y de allí al tejado. Debía de volar por las tejas si no quería que lo encontraran. El chico que por la mañana le atropelló con la bici le gritaba desde abajo que iban a matarlo. JM se acordó de la película de Chicho Ibáñez, “¿Quién puede matar a un niño?” solo que en este pueblo TODOS querían matarlo, hijos y padres, abuelos, abuelas y hasta los perros. El miedo se aferró a sus tripas, debía huir, olvidando las punzadas de dolor de la espalda, el rasguño de su frente, que volvía a gotear sangre, los balines de su hombro y pierna derecha, el pitido de su oído por la explosión del petardo, la ansiedad. Pero lo peor era la sed, tenía mucha sed, y el agua no le saciaría.

Caminar por los tejados de los pueblos de castilla, es relativamente fácil, las casas suelen estar muy juntas, algunas incluso pared con pared, tienen soleras, y muros estrechos por los que se puede caminar de un tejado a otro. Y la noche lo camuflaba. Pocas luces en las calles y el sol oculto. Una sombra más.

Sabían que estaba por los tejados, debido a esos malditos críos, pero debía ascender para ver el camino que le pudiera llevar al taller. En una de las casas más altas se encaramó por una vid hasta un ventanuco donde miraban la luna, que ya brillaba reinante en el cielo, un montón de gatos callejeros. Acurrucado con los gatos, decidió descansar allí. Junto con los felinos, famélicos y desconfiados se sintió ridículo. Lo atraparían, lo matarían, pero antes seguro que lo maltratarían, lo vejarían... no quería imaginar esa escena. Desde donde estaba podía ver la dirección exacta del camino que llegaba al taller. Podría bordear el pueblo por la derecha, dónde había menos casas y cortijos. Y seguir la dirección de la carretera campo a través para no ser visto por ningún coche. Pero... ¿y si era eso lo que esperaban que hiciera? Tenía dudas de su plan, lo único cierto es que no podría permanecer escondido mucho tiempo. Podría robar algún coche del pueblo y salir pitando, pero nunca había robado un coche. Hoy en día ni en los pueblos dejan ya los coches abiertos, y mucho menos con las llaves puestas o escondidas en la guantera. No podía jugarse su suerte a esa carta. Debía llegar al taller, coger todas las llaves y salir pitando con el primer coche que arrancase. O llamar a la policía desde allí. O llamar y salir pitando con el coche. También estaba la opción del hostel. Pero confiar en una mujer, en una mujer bella y que además le gustaba mucho... no era buena idea. Nunca en su vida fue buena idea. No olvidaba la mirada de desconcierto de Claudia, la incertidumbre en sus palabras. En resumidas cuentas, él era un

completo desconocido, pero sentía que habían conectado, que podía confiar en ella. Pero esa es la trampa del amor. Y JM sabía mucho de ello. Portaba cicatrices íntimas, interiores, dolorosas, invisibles a la vista, mas no al espíritu. Con lo bien que se encontraba últimamente. Con lo bien que iba ahora todo. Y si Claudia, que el destino lo había llevado hacia ella, ¿era una prueba más? Y si debía confiar en ella y demostrarle su inocencia. O a lo mejor moría delante de ella como prueba de que no se puede confiar en ese sentimiento que le produce recordar con anhelo aquellos ojos verdes. Pero y si...

Mientras dudaba, los gatos salieron de repente corriendo tejado abajo. El ventanuco se estaba abriendo, el viajero estaba a la derecha de la hoja que se abría, un cañón de escopeta asomó, como una víbora se mecía para izquierda y derecha, se asomó un poco más, pudiendo ver JM la mano que lo empuñaba. Era una mano curtida por el sol, arrugada pero fuerte. Los nudillos estaban blancos, apretaba el hierro con fuerza, con rabia. Pegado a la pared como una lagartija, JM aguantó la respiración y permaneció inmóvil, cualquier ruido alertaría a aquel tipo que, suponía, buscaba al viajero para pegarle un tiro. No sabía cuánto tiempo permanecería allí, de pie, uncido a la pared, rezando para que no saliera al tejado aquel hombre armado. JM pensó en abalanzarse sobre el arma, arrebatársela y tener algo mejor con lo que defenderse, pero no sabía si habría alguien más en la habitación, también estaba la posibilidad de una caída desde una altura considerable. Entonces el cañón se detuvo en su terrorífico vaivén. Levantó el arma, JM se percató demasiado tarde del por qué. Se había dejado la azada justo debajo de la ventana. El viajero se lamentó por un error tan infantil. El brazo libre agarró la azada, casi se podía ver la cara del hombre. Sin pensarlo pateó la hoja golpeando el brazo y la cabeza del hombre, casi anciano, pero fuerte. La azada resbaló tejado abajo y JM se sintió desprotegido, se abalanzó para robarle la escopeta, pero las tejas dificultaban sus movimientos. Forcejearon durante un tiempo que al viajero le parecieron horas. Cuando sentía que iba a caer de espaldas, pateó la cara del anciano para que no pudiera disparar. Caía JM tejado abajo, el anciano con un ojo cerrado y la boca sangrando, apuntaba rápidamente al viajero, éste detuvo la caída al golpearse con un alero, rápidamente arrojó una teja al ventanuco para evitar el disparo del viejo. La teja voló en mil pedazos ante el disparo del anciano, la explosión hizo caer a JM, se golpeó contra la canaleta de agua y se precipitó al vacío. Por suerte, apenas 2 metros más abajo había otra casa. Como los gatos, JM cayó de rodillas, pudo ver que se encontraba sobre un techo de uralita, tragó saliva y decidió moverse muy lentamente. La uralita es muy débil. Apenas había movido la rodilla unos centímetros, la uralita crujió. JM trató de moverse lentamente, pero cuando su brazo accedía ya al duro suelo de la solana la uralita quebró, engullendo a JM. Las casas de los pueblos de sierra suelen tener techos altos. Esta no era una excepción. El viajero aterrizó sobre una mesa llena de pañitos. Una anciana lo miraba con una mano en el pecho, su expresión mostraba sorpresa sin duda, pero también mucho miedo. Cojeando José María decidió usar ese miedo y dirigirse hacia la anciana.

- ¡Un coche, deme las llaves de un coche!

-No... noo-La anciana no podía hablar, estaba aterrorizada.

- ¡No qué! –JM estaba furioso, sabía que era una buena oportunidad para escapar.

-No tengo coche.

-Ya sé que usted no tiene. -Dijo JM vehemente-. Alguien de su familia, un hijo, yerno, nieto...

-No... espere... -La anciana se dio la vuelta, detrás de ella había una cómoda.

- ¿Qué busca abuela?

-Creo que están aquí las llaves del todoterreno de mi marido. -JM no podía creer su suerte.

- ¿Dónde está aparcado?

-Justo en la puerta. Espera un momento, no me hagas daño.

-Dese prisa o la mato. -JM buscaba un arma en aquella casa. No sabía si habría más gente. Miró unas tijeras de costura que estaban en el suelo, eran grandes. Las recogió.

-Vamos, no tengo todo el día.

-Estaban por aquí...

JM comenzaba a ponerse nervioso, podía ser un ardite para ganar tiempo.

- ¡Señora le doy tres segundos o le corto el cuello aquí mismo! -JM no se reconocía.

La abuela seguía buscando en los cajones.

-Uno...

-Un momento, por favor.

-Dos...

-Creo que son estas... ay no...

- ¡Sáquelas ya o le corto el cuello!

Una puerta se abrió al fondo del pasillo que se encontraba a la izquierda.

- ¡Tú no le vas a cortar el cuello a nadie hijo de puta forastero! -La anciana se había dado la vuelta rabiosa, portaba una navaja de grandes dimensiones. Parecía más de adorno, JM no deseaba comprobarlo.

- ¡Está aquí! -Gritó la vieja llena de una repentina jovialidad.

JM agarró una silla y se la estampó a la anciana. Abrió la puerta interior de la cocina, la que suponía llevaba a la solana que había visto antes de caer. Subía las escaleras cuando se acordó del otro anciano, podría estar arriba esperándole, aunque era mayor para ir andando por los tejados... Seguramente era el que estaba abriendo la puerta. Un disparo retumbó en la casa. Le disparaban por las escaleras, quien fuera el que había entrado a la casa le seguía muy de cerca, muy rápido. Ascendió hasta un portón de metal que se abrió con mucho ruido. Al llegar a la solana escuchó una voz desde abajo que decía "dispara", pero al abrir el portón metálico, delante de



José María se encontraba el anciano del ventanuco, lo había seguido y le esperaba en la solana con la recortada apuntando a su cara. JM se agachó y su perseguidor escaleras abajo disparó. El plomo desgarró la cara del anciano, era un amasijo de carne y sangre. El cuerpo permanecía aún con la escopeta agarrada. JM rodó por el suelo, pensó por un segundo agarrar la escopeta del anciano, pero los otros subían corriendo por las escaleras, cerró el portón mientras cargaban la escopeta, otro disparo golpeó en la puerta de metal. El viajero echó el cerrojo y respiró aliviado. Miró al pobre anciano sin cara, muerto en el suelo. Le costó más de lo que pensaba quitarle la escopeta de sus manos aferradas funestamente al hierro, el viejo hizo un último esfuerzo, pero estaba yéndose al país de Nunca Jamás. Por fin consiguió su botín y como si fuese un trofeo sonrió a los que golpeaban la puerta de metal al otro lado.

## **CAPÍTULO 6**

### **TAKE NO PRISONERS**

No hago prisioneros. JM estaba exultante, había escapado varias veces del peligro, de una muerte segura. La adrenalina de su cuerpo lo ascendía en volandas al nirvana de la supervivencia. Estaba exultante, y no solo porque había escapado, ahora tenía un arma. Miró la carga, dos cartuchos. Suficientes para salvar el pellejo. Hasta ahora no había pegado ni un tiro y había solventado momentos muy complicados.

En su mente sonaba una canción “Take no prisoners”, de Megadeth. Era la presa, mas no sería una presa fácil. Corrió por encima de la casa del ventanuco, pensó en ocultarse en ella, pero esconderse no era un buen plan. Debía moverse. Lo había visto en multitud de programas de supervivencia. Muévete o muere. Sabía que los tejados ya estaban vigilados, así que desde las alturas buscaba un lugar seguro. Agazapado en uno de los tejados más próximos a los bancales que rodeaban el pueblo, divisó un grupo de cazadores apostados en la salida del municipio. Habían cortado la salida del pueblo con barricadas improvisadas, un tractor, varios coches y rejas de una obra. La opción del coche no era válida. Menos mal que aquel plan de escapar en coche no había dado sus frutos porque hubiera sido atrapado. Debía seguir el plan inicial, llegar al taller, a las afueras del pueblo y lejos del corte de carretera, caminando campo a través, y buscar un coche que lo alejase de la tumba que tenía preparada la Aldeílla.

Saltó de una tapia a la calle más solitaria que pudo ver desde los tejados. A ras de suelo se sentía más frágil, más indefenso. Caminó con cautela sabedor de que cualquier mirada daría la alarma. Buscaba las sombras cual ladrón.

Un camino angosto bajaba directamente a unos bancales de olivos. Era perfecto para esconderse y caminar en la oscuridad por el campo en dirección al taller. Agachado corrió calle abajo. Sentía miradas en la espalda, como si supieran que estaba allí. La adrenalina dio paso a un estado de temor absoluto e irracional. Los olivos, que se encontraban ya a pocos metros de distancia,

parecían guardianes furiosos de La Aldeílla. El viajero no se encontraba cómodo escondido entre las sombras de esos árboles centenarios que amenazaban con atraparlo con sus ramas. Corría en la dirección que creía bordeaba la carretera hasta el taller. Cayó de bruces al tropezar con una raíz, JM hubiera jurado que alguien le había zancadilleado. El viento le traía gritos y voces lejanas. Las campanas del pueblo tocaban la hora en punto. Apenas eran las ocho, pero la oscuridad en aquel pueblo perdido era total. Tirado en el suelo vislumbró un haz de luz delante de él. Cerro abajo, justo a cincuenta metros de donde se encontraba, un grupo de hombres, armados con escopetas y cuerdas bajaba buscando su rastro. Estaba atrapado. Delante seis hombres, detrás de nuevo el pueblo entero, buscándolo. No podía quedarse ahí agazapado en el suelo. Lo descubrirían. Decidió acurrucarse detrás del olivo donde había tropezado, no podía hacer más ruido ni levantar más tierra. Miró el suelo pensando que con la linterna descubrirían sus huellas. Con una retama cortada trató de borrar las marcas de sus botas. Pero el haz de luz estaba ya muy próximo. Debía esconderse y esperar. Los olivos son árboles densos, con muchas ramas, era invierno y estaban cargados de aceitunas. La noche era oscura, el haz de luz de la linterna no lo elevaban del suelo, podría funcionar... JM se subió al árbol con toda la prudencia de la que fue capaz. A cámara lenta ascendió quedándose en cuclillas en el centro de la copa del árbol, totalmente oculto tras las ramas dobladas de aceitunas. El viento suave disimuló el ruido de ramas al subir.

Los hombres que lo buscaban pararon justo debajo del olivo que cobijaba a José María. Miraban el suelo buscando algún rastro, pero luego enfocaban más adelante. Hablaban sin entender muy bien JM lo que decían. Parecía que estaban confusos, no se veía nada, pero alguien les avisó de que el viajero se encaminaba a los olivos de la tía Frasca. Allí no había nadie. JM, con la escopeta apuntando a sus cabezas, rezaba porque siguieran su camino. Pero no fue así, el grupo se dispersó, tres hombres se marcharon al pueblo y otros tres se quedaron por la zona. JM estaba perdido, esperaba que se alejasen del todo los otros tres, pero cuánto tiempo podría permanecer en el árbol escondido sin ser visto, y, sobre todo, cuánto tiempo aguantarían sus piernas la posición tan incómoda en la que se encontraban. Estaba en un aprieto, pero no podía perder la ventaja de la sorpresa. Si lo encontraban lo apuntarían con sus armas, y estaría perdido. Pero si disparaba él primero... uno de ellos no portaba arma de fuego alguna, dos disparos, dos hombres armados de tres. Era difícil pero no imposible.

Un grito desgarrador retumbó en La Aldeílla, seguramente habían logrado derribar la puerta de la terraza y descubierto el cadáver del viejo dueño de la escopeta que portaba JM en esos instantes. Otro muerto que le colgarían a él. Dos de los hombres corrieron tras el eco de grito, creyendo que

era obra del viajero. El que no portaba arma alguna ordenó al tipo que permanecía más cerca del olivo donde se escondía el forastero que esperase ahí, y “disparase a las piernas si veía al asesino”. JM debía actuar cuanto antes. Esperó con esfuerzo titánico ante el entumecimiento de sus piernas a que los otros dos hombres se alejaran a una distancia prudencial. Pensó que no dispararía a menos que no fuese necesario, no era un asesino y tampoco quería alertar de su posición. Pero como bajaría del olivo sin ser visto. Tampoco podía saltar encima de su perseguidor, las densas ramas del olivo le impedían hacerlo sin rasgarse la cara. Por fin se decidió, la postura le estaba matando, apenas sentía las piernas y los perdigones incrustados en su espalda le abrían las heridas debido a la tensión de la postura. Con gestos más propios de un felino bajó por el árbol, escopeta en ristre. El tipo se encontraba de espaldas al olivo, JM apretó los dientes al tocar el suelo, sus piernas le ardían. Se prometió a sí mismo hacer más deporte, tantas horas conduciendo sin hacer otra cosa más que pisar el acelerador le estaban pasando factura. El tipo hizo ademán de haber escuchado algo, comenzó a girarse y la culata de la escopeta de JM besó la mandíbula del pobre diablo. Cayó al suelo cuán grande era, al tratar de agarrar su escopeta José María volvió a golpearlo en la cara, creyó ver algunos dientes volar. El tipo grandote con la cara destrozada trataba de pedir ayuda, sin duda era fuerte. José María temía que otro golpe pudiera matarlo, tampoco quería acercarse mucho a aquel tipo ya que sus manos se mostraban enormes y curtidas, las típicas manos de las que no podrías zafarte nunca. Corroído por los nervios cometió su primer error. Quiso taparle la boca con un pañuelo que sobresalía del bolsillo de sus pantalones vaqueros. Las manos del grandullón, que no paraba de balbucear, trataron de agarrarlo por los brazos, alcanzando finalmente el tobillo de la pierna derecha de JM. *<Mierda, estoy atrapado>* JM sabía que no podría salir vivo de allí sin matarlo. El ruido provocado por el forcejeo aumentaba y los gorgoteos del infeliz podrían escucharse, el viajero no tenía otra salida que golpearlo con la esperanza de noquearlo sin matarlo. Él no era un militar experto, ni entendía de artes marciales; golpear aquella testa ya herida y tumbada en el suelo sería sin duda fatal. Decidió entonces golpear la parte del cuerpo de aquel enorme hombre que lo sujetaba, la mano; al sonido seco le siguió el horripilante crujir de los dedos, JM tuvo que golpear varias veces con la culata de la escopeta. Una vez liberado salió corriendo como alma que lleva el diablo. Aquel hombre sin duda daría aviso de por dónde se había marchado, no importaba, el viajero solo pensaba en llegar al taller cuanto antes.

Con todo su cuerpo ardiendo de dolor, quejándose con cada zancada, sintiendo el corte de su cara, los perdigones incrustarse en su piel a cada paso, José María continuaba su gran evasión. También sentía como sus piernas despertaban poco a poco del entumecimiento debido a la postura en el olivo. Corría con las fuerzas que otorgaba la supervivencia. Correr campo a través era extenuante, y él, además, no estaba acostumbrado, tuvo que parar varias veces a tomar aliento, sus pulmones iban a salir por su boca y su corazón le latía tan fuerte que podía contar cada pulsación sin necesidad de poner su mano en la muñeca o el pecho. Pronto escuchó el griterío de la caterva del pueblo. Si cogían la carretera principal lo rodearían muy pronto, debía seguir corriendo sin detenerse, llegar al taller, coger una llave y salir con el primer coche que encontrase.

JM corría y corría, las imágenes se sucedían en su cabeza, el coche estropeado, el puto asqueroso de la grúa, las llaves colocadas en el tablero de la oficina del taller, su agenda en la guantera con los teléfonos de sus jefes, la bella y hermosa Claudia, sus pequeñas manos blancas, sus lindas piernas, el bar, aquel tipo misterioso señalándolo en sueños, pero no se quitaba de la cabeza la imagen de la chica gitana, ¿quién había sido?

Apostado en una pared semiderruida de un cortijo en ruinas observó con esperanza el taller que se encontraba apenas a cincuenta metros. Parecía deshabitado. Agachado caminó con rapidez hacia el negocio del primo de Claudia. Una terrible duda asaltó entonces la mente del viajero, ¿por dónde entraría? Era de suponer que el taller estaría cerrado con llave y quizás alguna alarma, el sonido de la alarma le daba igual, lo que le preocupaba era entrar, una vez dentro podría elevar la persiana del garaje de los coches, aunque tampoco era necesario, afuera aparcados habría al menos cinco automóviles, alguno seguro que arrancararía y lo alejaría de aquella pesadilla. Llegó al portón principal, la puerta estaba trincada, imposible de mover. JM maldijo a todos los santos del calendario cristiano. Rodeó el taller y observó que la verja era de fácil acceso, de un salto podría colarse en el taller y buscar tranquilamente una llave, incluso tomar un poco de agua. Al apoyarse en la verja ésta cedió, abriéndose de par en par con un chirrido tenebroso ante los sorprendidos ojos del viajero. Caminó observando a su Ford Focus que se encontraba en primer lugar, dentro tres coches más con las “tripas” fuera. Entonces escuchó pasos, había alguien allí dentro y por el chirrido de la verja ya sabían que él estaba allí.

**CAPÍTULO 7**  
**BUENAESTANCIA**

Claudia se miraba en el espejo de la entrada de su hostel, tenía una extraña expresión en su rostro. Estaba consternada, una parte de si misma se avergonzaba de haberse sentido atraída por aquel forastero, otra parte trataba de unir todas las piezas. ¿Por qué un hombre iba a llegar a ese pueblo para matar a una muchacha? ¿Por qué a “la tizná”? ¿Por qué le contó José María aquella historia sobre ella? ¿Por qué estaba tan nervioso? Claudia era un mar de dudas. Con la construcción del hostel nunca dudó, y ahora se arrepentía. Su padre le solía decir que las dudas eran buenas, te hacían pensar. A Claudia comenzaba a dolerle la cabeza de tanto pensar. Jacinto, el alcalde, entró en el hostel como Pedro por su casa, asustó a Claudia, ensimismada en sus pensamientos.

- ¿Has mirado bien el hostel?

-Sí Jacinto, varias veces. Ya te lo he dicho, aquí no hay nadie. *<Como siempre>*

-Necesito que abras su habitación y nos des alguna prenda usada, para los perros.

-No puedo hacer eso, es ilegal.

-Matar también lo es. Y encubrir a un asesino tiene cárcel, Claudia.

-Lo que hacéis también va contra la ley, todos merecen un juicio justo.

- ¿De verdad lo crees? ¿Tan enamorada estás que defiendes a un asesino?

-No estoy defendiéndolo. –Claudia se sorprendió pues obvió lo de estar enamorada.

-Claudia... no lo pongas más difícil. Somos el pueblo, él es un simple forastero, no lo conoces. Si sabes dónde está dínoslo. Lo encontraremos de todas formas.

-No tengo ni idea, de verdad. Solo sé que no está aquí.

-Tiene que venir a por sus cosas, su móvil para pedir ayuda, despedirse de ti... -Claudia no entendió la insinuación de Jacinto. De repente un intenso aroma perfumó la estancia, a Claudia le era familiar, muy familiar.

- ¿Qué quieres decir? Acaso crees...

-Todos en el bar aseguran que te miraba... que le gustabas, mucho. Yo no voy a juzgarte, una mujer sola tanto tiempo... Eres un bombón en medio de un pueblo de viejos. –A Claudia no le gustaron

las palabras que usó su alcalde. (bombón, mujer sola, viejos, juzgarte) El aroma se intensificaba según se acercaba Jacinto, era olor a fruta.

-Nunca he dado explicaciones a nadie de mi vida y no entiendo por qué iba a hacerlo ahora. Si crees que vendrá aquí por mí espera sentado y lo comprobarás. –Claudia estaba furiosa. Todos pensaban que estaba “necesitada” de cariño, de un hombre, había muchos hombres solteros en el pueblo, pero la solterona era ella, como un estigma, como si eso fuera algo negativo. Había rechazado a todos sus pretendientes, a todos los de La Aldeílla. Su único novio, Juan, murió en un accidente de trabajo, apenas comenzaba a ser un hombre, a soñar al lado de ella; tenían dieciocho años y toda una vida por delante. Ella estudiaba turismo, él trabajaba de peón en una obra mientras por las noches estudiaba un módulo de química.

Cuando Claudia cumplió los treinta se hartó de que le nombraran a Juan, harta de que constantemente se lo recordaran, la vida seguía y aunque ella jamás lo olvidaría debía seguir adelante, tratar de volver a sentir algo en su estómago, en su alma, algo que no fuera solo sexo, algo más que el polvo de un sábado en la ciudad. Le costó un mundo tratar de no sentirse culpable por saciar una necesidad tan básica como el contacto humano, el placer del sexo, (aunque raramente estaba a la altura de lo esperado), en definitiva, dejarse llevar y disfrutar de su juventud. No, no estaba dispuesta a claudicar ante un accidente del destino, una muerte, aunque dolorosa, no le cambiaría la vida. No guardaba rencor a la gente del pueblo; no lo hacían con malicia, pensaba ella. Las únicas palabras que le molestaban eran las del “querido alcalde”, siempre con segundas, siempre tratado de “agradarla” y demostrarle cuán bueno era él para ella. Llegó a pensar que los retrasos en los permisos del hostel eran obra del “rechazado” alcalde. Claudia pensaba que, después de Dori, Lucía, la mujer del alcalde, era la mujer más buena del pueblo. Tan cándida que no se daba cuenta del hipócrita y mezquino que tenía por marido.

-Siempre has sido un salido cateto, Jacinto. Tu mujer tiene el cielo ganado. –Jacinto abrió la boca sorprendido ante la virulencia de las palabras de Claudia, que siempre había sido muy prudente.

-No te reconozco Claudia...

-No, claro que no me reconoces, porque siempre he callado tus impertinencias, tus elogios cargados de desprecio y lujuria escondida. Acaso crees que he podido olvidar como me cerraste el paso en la tienda de Braulio, como me ofreciste tu “ayuda” cuando Juan llevaba muerto apenas dos meses. Como me tocaste el pelo... era una niña entonces, ahora soy una mujer y mi respuesta hubiera sido la que te mereces. –Jacinto procesaba el aluvión de acusaciones y el cambio visceral de Claudia.

-Ese hombre te ha hecho algo, creía que tenías más personalidad, Claudia. No me pierdas el respeto si no quieres perder el hostel. –Ensombreciendo el rostro, Jacinto lanzó sus amenazas como una serpiente, más que amenazas parecían advertencias. Claudia volvió a sentirse como una niña ante él.

-No puedes...

-Puedo hacerlo, y lo sabes, Claudia. Los permisos se dan y se quitan. –Jacinto, el honorable alcalde de La Aldeílla se giró para marcharse, deteniéndose en el umbral de la puerta principal.



Claudia se percató de una mancha en el hombro de Jacinto, casi en la escápula.

Entonces reconoció el aroma afrutado, eran uvas, y su cuerpo se estremeció de terror.

-Voy a mandar a los cazadores a que busquen aquí, te ruego no montes una escena. –Claudia se tranquilizó una vez que el alcalde se marchó. En el silencio de su vacío hostel comenzó a creer al viajero. Sin saber muy bien por qué, Claudia se dirigió al desván, allí guardaba la escopeta de caza de su padre, ella no tenía permiso de armas y no podía tenerla en casa, no deshaciéndose del arma porque era un recuerdo paternal, una escopeta muy antigua cargada de añoranza. Al sostenerla en sus manos se sintió absurdamente más segura, absurdamente porque no tenía munición.

Los cazadores entraron en tropel rompiendo aquel manso silencio. Sin decir nada se pusieron a buscar, Claudia no hizo ademán de detenerlos, solo les pidió que fueran cuidadosos con el hostel. Eran cuatro los cazadores y los cuatro se quedaron mirando a Claudia extrañados, la imagen de la bella Claudia con la escopeta en brazos les turbó.

- ¿Tenéis cartuchos?

## **CAPÍTULO 8**

### **LA TRAMPA**

El joven Fidel y Antonio, el mecánico, aguardaban en el taller junto a otro aldeano llamado Jairo, ocultos en la habitación que ejercía de oficina, la llegada del viajero. A oscuras y armados con dos escopetas y una cuerda de rafia estaban convencidos, según la lógica de Antonio, que el forastero acudiría al taller a por un coche para escapar del pueblo una vez superado el control improvisado en la carretera justo al entrar al pueblo, y que eludiría dicho control campo a través hasta llegar allí. Desde luego acertó.

-Estos chiquitines se llaman postas, y hacen mucho daño- Jairo jugueteaba de forma inquietante con un cartucho ya prácticamente en desuso.

- ¿Esos cartuchos no están ya prohibidos?

-Sí, Antonio, así es –El cazador hablaba con desdén-. Son inútiles contra los jabalíes y dicen que son cartuchos crueles porque hieren y no matan de forma rápida y compasiva. Para la caza mayor ya se usa solamente balas. Pero para nuestro amigo he sacado del cajón estos pequeñines cabrones, no lo matarán, que es lo que quiere el alcalde, que lo cacemos vivo; y las heridas que tendrán serán jodidas, las postas pueden entrar en sus órganos y tardar muchas horas en matarlo. La piel de los hombres es fina, no como la de los jabalíes, un disparo cerca con esta repetidora y su muerte será un suplicio.

-Parece que disfrutas con esto, Jairo.

-Es... otro tipo de caza. –Al mecánico, que creía conocer a Jairo, aquellas palabras le dieron escalofríos.

- ¿Por dónde estará ese cabrón? Espero que no te equivoques Antonio. –El que hablaba era Fidel,

sentado en el rincón más sombrío de la oficina.

-Estoy seguro, chaval, segurísimo.

-Yo tomaría el camino del riachuelo y caminaría por él hasta Aldeaquemada, evitando así la carretera. –Dijo Jairo vestido con atuendos de cazador y cargando la escopeta con cartuchos.

-Eso harías tú, claro, que te conoces cada palmo de esta sierra. Este forastero no conocía ni la existencia de este pueblo, como para conocer algo de nuestro monte. No, él vendrá aquí a por un coche, sabe que tengo las llaves aquí y que es relativamente fácil entrar.

-Va a pagar por lo que ha hecho. –Fidel aferraba con fuerza una barra de hierro, sus nudillos estaban blancos y sus ojos ausentes, como soñando con el momento de la paliza al forastero.

-La querías mucho, ¿verdad Fidel? –Antonio le puso una mano en el hombro al muchacho.

- ¿Cómo no quererla? Era un amor imposible, pero era mi amor imposible.

El chirrido característico de la verja abriéndose los puso en alerta. Fidel se levantó de sopetón haciendo sonar el acero contra sus apretadas manos. Jairo cerró la escopeta con dos postas en su interior, sonreía.

-Recordad que hay que atraparlo vivo. Así lo ha pedido el alcalde.

-Tranquilo Antonio, dispararé a las piernas.

-Calmaos, vendrá aquí, a la oficina, aquí están las llaves de los coches, que es lo que ha venido a buscar.

Los segundos pasaban como losas de mármol, el sonido de pisadas aumentaba, pero no hacía acto de presencia el caminante.

## 2

José María se ocultó detrás de un todoterreno gris. Escuchaba las respiraciones y bisbiseos del interior de la oficina. Se agachó al lado de una de las ruedas traseras del vehículo y desde allí alcanzaba a ver a las tres siluetas que salieron a su encuentro. Al cazador no lo conocía, pero sí a la pesada arma que portaba, la boca de JM se secó y su pulso se aceleró de nuevo, tenía miedo. Junto al cazador se encontraban el chaval de grandes gafotas, Fidel, y el primo de Claudia, Antonio, con quien apenas unas horas atrás estaba cenando y riendo. JM sabía que estaba atrapado; Antonio, <seguro que había sido él>, había adivinado la jugada y anticipándose al viajero le había montado una trampa. <muy inteligente, cabrón, muy inteligente>

Fidel, preso de los nervios abrió la boca para gritar, siendo taponada rápidamente por Antonio, quien se acercó al chico pidiéndole que se calmara. Debían tener paciencia.

-Debimos quedarnos dentro de la oficina, seguro que nos ha visto.

-Tú déjame a mí Antonio, sé lo que hago, joder. Estará fuera, comprobando si sale alguien, tu puta verja alerta a cualquiera.

- ¿Y si se ha ido? ¡salgamos tras él!

-Joder Fidel, con tanta voz claro que se va a ir. No, haced el favor de callaos, está dentro. No tiene otra alternativa. –Antonio miraba con detenimiento su taller, estaba convencido de sus palabras.

-Yo voy a mirar fuera.

-Vale zagal, tú tira para afuera y si lo ves, grita. –Le contestó el cazador. Al mecánico no le gustaba la idea de separarse, y menos que se alejase el chico solo; al fin y al cabo, perseguían a un asesino.

Fidel salió corriendo como un poseso, tan aferrado a su idea que no se percató de la sombra que se deslizó bajo el todoterreno. JM sabía que allí lo verían, no había mucha luz ya que estaba atardeciendo, aun así, con cada paso hacia la puerta su escondite era menos escondite.

- ¿Y si ha entrado por la claraboya?

-Está muy alto Jairo, pero... -Al mecánico le entraron las dudas. Era muy probable que JM se asustara al ver la verja abierta y hubiera pensado en buscar otra entrada, la claraboya estaba muy alta, pero podría servir, al menos para comprobar que había gente dentro.

JM observó entonces la motocicleta de Fidel, apoyada en la pared de la entrada brillaba como si la luna le estuviera avisando. El llavero colgaba del manillar como una perla en su concha, estaban puestas en el contacto y José María quiso romper a reír. Aquella era su salvación. La escopeta que portaba JM la guardó en la espalda, entre su chaqueta y la camisa. El dueño, el chaval de grandes gafas estaba fuera buscándolo como un loco vengativo, y los otros dos hombres, que estaban a punto de pasar a su lado y descubrirlo, retrocedieron para comprobar una vieja y sucia claraboya que JM ni sabía que existía. *<Siguen menospreciándote>* No era aconsejable perder más tiempo pensando, debía actuar de inmediato. Podían dispararle, podía recibir un golpe de Fidel con la barra de hierro, pero allí quieto, al lado de la rueda del todoterreno era una presa fácil, así que actuó. El viajero trató de no hacer ruido en su carrera hacia la moto, llegó sin problema, mas al girarla ya tenía los ojos de los dos hombres encima de él, alertados por la jugada, solo Jairo, debido a su experiencia como cazador, encañonó el arma al mismo tiempo que descubría al forastero. JM giró por completo la moto mientras Antonio el mecánico avisaba a gritos a Fidel, el viajero no podía arrancarla allí, lo matarían. JM salió corriendo con la moto, un disparo retumbó en el taller que animó a correr más aún al viajero, había una pequeña cuesta abajo que podía ayudarlo a arrancar la motocicleta, pero luego debía girar obligándolo a volver a pasar por el taller, Fidel regresaba corriendo con la vara de metal en alto. El viajero se subió en la moto y giró la llave, rezando por que arrancara a la primera; tuvo suerte. El motor de la moto rugió entre los gritos de los tres hombres que lo emboscaban, el vibrar del motor era un coro celestial para José María. El chico estaba a punto de asestarle con la vara cuando el forastero dio

puño a la moto de Fidel, lamentándose éste por ser tan ingenuo gritó encolerizado de pura rabia; la moto derrapó un poco antes de salir disparada, de nuevo hacia el pueblo. JM se dirigía hacia La Aldeilla, sin duda una tumba le esperaba allí, la suya. Envalentonado dio media vuelta a la moto en el mismo carril ascendente. Como si fuera una película de acción sacó la escopeta que guardó improvisadamente en su espalda y aceleró hacia el taller que quedaba a la izquierda, teniendo toda la recta a la derecha y su salvación de aquel horror. Jairo le gritaba a Fidel que se apartase, no podía apuntar bien con el muchacho en medio, desesperado Antonio disparó, una nube de balines silbó por el aire, alcanzando a Fidel y arrojándolo al suelo, no estaba muerto, aunque sí dolorido. Las postas de Jairo hubieran sido mortales. JM se estremeció con el disparo, un par de balines golpearon la moto, nada importante. Seguía ascendiendo a toda velocidad, disparó cuando observaba que el cazador le apuntaba, el disparo del viajero no pasó cerca siquiera, lo suficiente para amedrentar al cazador y al primo de Claudia. Ya había pasado el taller y sonreía triunfante cuando sonó otro disparo.

### 3

El cazador y el mecánico miraban la claraboya desanimados, unos pasos detrás de ellos les alertaron, era el forastero.

- ¡Está aquí! –Gritó Antonio entre asustado y alarmado. No supo reaccionar tan rápido como Jairo, cuyo disparo casi alcanza al viajero, las postas se estrellaron en las losas de la parte superior de la pared del taller. Jairo salió corriendo y Antonio le pedía calma pues Fidel estaba afuera. El chaval corría tras el forastero con la vara en ristre, el cazador le gritaba airadamente que se apartara, no le dejaba tener un tiro claro.

-Maldito niño. ¡Apártate joder!

Jairo no apartaba el ojo de la mirilla. Antonio estaba demasiado nervioso, la escopeta temblaba en sus manos. No era cazador, había disparado unas cuantas veces, nada que ver con aquella locura insana.

- ¡Está subiendo muy rápido, se nos va a escapar! –Gritaba Antonio fuera de sí. Fidel iba a cerrarle el paso. El cazador, levantó el dedo con la esperanza de que el chaval golpeará al forastero. No podía disparar pues corría un gran riesgo de herir al muchacho. Quien sí disparó fue el mecánico. Derribando a Fidel y abriendo la puerta de escape a José María.

- ¡Estúpido! Gritó Jairo. El cazador apuntaba al viajero, lo tenía a tiro y no solía fallar, los ojos del cazador se abrieron al ver el arma del forastero, encañonándolos y disparando a su paso. No pasó lejos pero apenas notaron los balines de la vieja escopeta que portaba el asesino de “La Tizná”, Jairo pensaba que tenía demasiada pericia, no era fácil disparar un arma de fuego subido en un vehículo, y menos a dos ruedas. El cazador apretó los dientes y volvió a apuntar aguantando la respiración, se alejaba el objetivo cada vez más, nada nuevo para Jairo... apretó el gatillo y las postas volaron, como un enjambre de abejas mortales, hacia José María.

#### 4

El viajero apretaba el puño de la moto del desdichado Fidel con fuerza, estaba alegre y sonreía a pesar de haber visto como un muchacho de apenas diecisiete o dieciocho años caía fulminado por el disparo de una escopeta de caza. Eso ahora no importaba, que se hubiera quedado en su casa. La explosión de otro disparo erizó la piel de José María, y como si tres látigos le golpearan a la vez, sintió las postas entrando en su piel. Estuvo a punto de caer de la moto debido al impacto, el viajero apretó los dientes y siguió, era su única salvación, caer allí era su final. Otro disparo retumbó en la sierra, este solo asustó al viajero que continuaba su evasión motorizada. Debía seguir el ritmo, acelerar todo lo que pudiera, pues pronto cogerían los vehículos para seguirlo y aquella moto de cuarenta y nueve, pese a estar trucada, no era rival para un coche. JM tenía herida la pierna y el hombro izquierdo, que le impedía conducir al cien por cien, otras dos intuía que estaban en la espalda, otra le destrozó la oreja y una sexta posta que le laceró el brazo, también el izquierdo, la parte más expuesta a los disparos. Sin embargo, ninguna herida le dolió tanto como la herida de la moto. Sintió humedecerse su pie, el izquierdo otra vez, creyó que era su propia sangre debido a las heridas de las postas en su pierna, pero pronto sus peores temores se vistieron con el aroma a gasolina. Una de las postas había agujereado el tanque de gasolina y pronto se detendría. La moto ya de por sí iba escasa de gasolina, típico de un adolescente, pero era la suficiente para llegar al pueblo más cercano, ahora, en cambio, podría detenerse en cualquier momento. JM Giró la cabeza hacia atrás comprobando que ya salían con los coches tras él, un

Audi que vio en las afueras del taller, seguramente iba Antonio y Jairo, olvidándose del chaval. *<vosotros sois los asesinos>* Pesaba José María con inquina. Conducía por inercia preso de los dolores y la adrenalina por escapar de una muerte horrible. En breve tiempo sería alcanzado por sus perseguidores así que decidió abandonar la carretera y coger un carril, de este modo ralentizaría a los coches, aumentando sus posibilidades de perderlos pues existían muchas ramificaciones y bifurcaciones. Un nuevo ruido alarmó de nuevo al viajero, unos radios de la rueda delantera estaban partidos, no sabía cómo había aguantado sin caerse. Sin tiempo para pensar otro sonido volvía a golpear al viajero, el motor se ahogaba por falta de gasolina. Bajándose de la moto con dificultad debido a las heridas de la pierna y espalda, la tiró a una especie de balsa, arrojando unas ramas, cortadas para el ganado, encima. Tras ocultar la moto no podía dejar de pensar en el chico, herido y con su moto totalmente destruida y perdida en el fondo de una balsa. Tampoco fue el día de Fidel. José María caminaba sin parar de cavilar, le mantenía cuerdo y vivo. Pudiera ser que aquel chico fuera el asesino... Ella era demasiada mujer para él y harto de sus negativas pudo haberla matado en un acto machista y cobarde. Aunque era demasiado joven para tal maldad, ¿O no? Un coche alertó a JM, arrojándose a unos matorrales y rezando por que no fuera el Audi del primo de Claudia. Una clásica furgoneta blanca estilo C15 pasó despacio por el carril. Una vez desaparecida la furgoneta José María reanudó su lastimosa marcha. A lo lejos divisó una vieja cortijada abandonada, debía parar, detener su hemorragia o se desmayaría.

## **CAPÍTULO 9**

### **RUINAS**

Tumbado en una cama improvisada a base de retamas y un saco vacío, el viajero descansaba su cuerpo malherido. Su cabeza seguía imbuida por preguntas y planes de escape, siendo la pregunta -quién- la que más se repetía en su cabeza. La imagen del hombre austero y antipático acudía a su mente con la palabra culpable, idea que descartaba de inmediato pues asombrosamente fue el único que no parecía querer matarlo, mostrándose tan sorprendido como el propio José María. Quizás alguno de los dos cazadores que entraron a por él al bar, sedientos de sangre y “justicia”. O por qué no... el mismo alcalde, quien le dijo aquellas palabras de aldeano salido de una película de serie B, tan lunático como el que más en el bar, acudiendo a por el asesino sin ninguna prueba fehaciente. Todo era demencial. Rasgaba el viajero una manga de su camisa para aplicar un torniquete en su pierna y sacar el proyectil de casi un centímetro de grosor. La espalda le ardía, mas no parecía sufrir ninguna herida importante, de haberle alcanzado el bazo o los pulmones estaría en un gravísimo aprieto. De haberse producido el disparo de frente seguramente estaría ya en un ataúd. José María se palpó la oreja del lado izquierdo, el que sufrió el grueso del disparo, la tenía destrozada, un agujero y la consiguiente laceración dividiendo el pabellón auditivo en dos. De los ojos del viajero cayeron dos lágrimas de impotencia. ¿por qué a él? ¿Qué había hecho para merecer esto? Quizás... los pensamientos de JM se detuvieron ante la visión borrosa que se le presentaba. El cielo continuaba azul, ocultándose el sol lentamente como en una noche de verano, una silueta a unos veinte metros inquietó sobremanera al viajero. Una figura enjuta, alta, de negro, caminaba hacia él. No parecía que tocara el suelo y su mano simulaba una garra. Se parecía al hombre que desapareció misteriosamente en aquella calle del pueblo, justo antes de sentir la extraña sensación de pánico que lo empujó a querer abandonar La Aldeílla. Cómo se había jodido todo, pensó amargamente.

- ¡Tengo una escopeta! –Advirtió JM amenazante. La infame figura continuó con su marcha. El viajero agarró la escopeta y apuntó a la figura, apretó el gatillo y sintió que éste estaba flojo, la escopeta estaba descargada. Rápidamente la abrió y buscó desesperadamente algún cartucho en



sus bolsillos, al alzar la vista la extraña figura ya no estaba. Asustado, completamente asustado, se levantó ignorando el dolor y convencido de emprender la marcha, debía buscar refugio o llegar a cualquier sitio donde pedir ayuda. Dirigiéndose al carril se detuvo de nuevo paralizado por el pánico, la silueta oscura lo esperaba en el camino. Restregándose los ojos JM se giró para cambiar de dirección, debía ocultarse en algún lugar y resguardarse del frío. Caminó y caminó siempre con un ojo puesto en su espalda, la cojera le ralentizaba y usaba la escopeta a modo de bastón, el mejor uso que podía darle entonces al arma. Los pulmones le ardían y sus piernas clamaban por detenerse. Los sonidos del bosque jugaban con sus sentidos, creía oír llantos achacándolo al destrozo en su oreja zurda, miraba a todas partes perseguido por la imagen subyugante del hombre alto. Quizás quería salvarle la vida, quizás le estaba ayudando, marcándole el carril para que no siguiera por él, hubiera sido una estupidez pues más tarde o más temprano algún coche hubiera pasado descubriéndolo. Era mejor caminar campo a través, a pesar de que JM no conocía el lugar. Solo tenía que llegar hasta un teléfono, eso podía ser alguna casa rural, un cortijo habitado, una población cercana, había un sinfín de posibilidades. Lamentablemente para el viajero, a cada paso que daba esa probabilidad le parecía más remota, su cuerpo estaba perdiendo la batalla contra el cansancio y su salud, y para colmo comenzaba a escuchar ladridos de perros. Convencido de la proximidad de los cazadores del pueblo, JM comenzó a temblar.

## 2

Hubiera matado por un ibuprofeno, el cuello le dolía, la cintura le pinchaba y su espalda era un mar de heridas que agujereaban su moral y sus piernas, cansadas y heridas, no habían parado de huir desde aquel salto en la ventana. Estaba extenuado. Al poco de cruzar un encinar vislumbró una caseta de labranza. Los ladridos estaban cada vez más cerca. Junto a la caseta de labranza se erigía un cortijo en construcción, tenía la primera planta completa y la segunda prácticamente terminada, no era descabellado, pensó JM, que pudiera vivir alguien allí, y con esa premisa llamó a la puerta desesperado. Nadie contestó a la llamada, solo el viento que traía los ladridos de los canes.

- ¡Mierda! ¡Joder, vamos!

JM insistió e insistió hasta que se rindió abrumado por la cercanía de los ladridos y las voces de los dueños. Estaban muy cerca. Trató en vano de abrir la ventana, después el portón grande, nada. Corrió a duras penas hacia la caseta de labranza, una gruesa puerta de hierro lo separaba de la salvación. Era inexpugnable. Pensó en subir al tejado y colarse por la chimenea del cortijo, al primer intento desistió, la chimenea era de las estrechas y, además, podrían verlo subido al tejado.

*<maldita sea, ¡maldita sea mi suerte joder!>*

El viajero apretó los dientes, miraba hacia todos lados con la desesperación en su rostro, ahogado por la situación le costaba respirar, incluso caminar, sus piernas le temblaban, había perdido la determinación. Junto a la caseta de labranza había algo, una especie de caseta para perros. JM caminó con ansiedad hacia ella, se arrodilló y comprobó que la portezuela se abría. Respiró aliviado y entró a pesar del mal olor. Sin duda allí dentro habían guardado a animales, cabras o

perros seguramente. En aquel instante poco le importó el olor o las posibles pulgas. Abrió de nuevo la portezuela para agarrar una piedra grande, con esfuerzo la introdujo hacia dentro y bloqueo la puertezuela. Los perros ya estaban allí y con ellos sus amos. En su angustia, el viajero comenzó a cavar en la dura tierra tratando de ocultar su rastro al olfato de los canes.

### 3

Todo el pueblo se dispuso a perseguir al forajido forastero, en coche, en moto, andando; varios cazadores se dividieron en dos todoterrenos y se dirigieron a los caminos señalados por Jairo. Convencidos de las graves heridas del viajero sufridas por el tiro del cazador, conducían con los ánimos exaltados, convencidos de la pronta captura del malhechor. Claudia conducía su Renault Clío con angustia, aquello iba a ser una matanza, una injusticia. Miraba por el espejo retrovisor la hilera de coches con sus paisanos sedientos de venganza, mirando los faros encendidos al atardecer, la dueña del hostel “Buenaestancia” comenzó a sentir una extraña sensación, un terrible peligro que envolvía a toda La Aldeílla.

Un todoterreno avanzaba muy deprisa, en él iban Jairo, Basilio y el alcalde Jacinto, junto a otro cuarto ocupante, otro cazador que preparaba en el asiento de copiloto una cuerda de nylon. Aquel movimiento de coches y gente parecía una loca carrera. El premio era goloso, cazar al forastero.

Al llegar a la primera bifurcación, el segundo todoterreno se detuvo, bajándose su conductor y abriendo el pequeño furgón trasero del que salieron tres podencos, un par de galgos y un dogo, a éstos se les sumó dos pointers conducidos por Emiliano. Los canes pronto comenzaron a marcar el rastro. Detrás de los cazadores medio pueblo armado siguiéndoles con una furiosa sed de venganza. Era una horda enfurecida, personas que apenas un par de horas antes eran maestros, albañiles, limpiadoras, amas de casa, jubilados, carpinteros, mecánicos, concejales de un pequeño y bello pueblo llamado La Aldeílla, donde nunca ocurría nada. Imbuidos por una fiebre de violencia ahora caminaban como zombis sedientos de sangre, empujados por su líder, el alcalde Jacinto.

Pronto llegaron al llano de San Nicolás, al pasar un extenso encinar. Las recientes manchas de gasolina en el carril murieron cerca de la balsa de don Braulio, suponiendo que continuo a pie por el campo siguieron a los animales que comenzaron a ladrar con más intensidad; la presa estaba cerca. Rodearon unos huertos y Emiliano detectó en las ruinas del primer cortijo de don Braulio manchas de sangre y un trozo de camisa. Casi lo tenían. Cada pista insuflaba aún más de energía vengativa a la horda de La Aldeílla. Claudia contemplaba la escena con pavor. Rememorando en

su memoria su primer encuentro con José María, en el taller de su primo. Simpático, agradable, totalmente perdido, pero con una actitud tan positiva que llegó a influenciar tanto a Claudia que comenzó a verlo incluso guapo. A decir verdad, ella no tenía muchas oportunidades de conocer gente nueva que no fueran las parejas que acudían a su hostel para pasar un fin de semana romántico. De tanto ver parejas enamoradas llegó a repudiarlas un poco, harta de no ser ella la chica cogida con ternura de la mano. Claudia no quería conocer chicos por internet, como así le aconsejó Ángeles, la “tizná”; le daba una vergüenza absoluta, se veía tan ridícula puntuando aquellas fotos de tipos risibles, en poses supuestamente atractivas, se avergonzaba hasta de ver su foto de perfil, era como ver ganado. Respetaba a Ángeles, incluso la entendía, pero a pesar de que Claudia era joven aquella forma de conocer hombres le parecía insulsa, banal, puro entretenimiento sexual. Eso no significaba que no echase de menos echar un polvo, tener sexo le encantaba, sexo con alguien especial, aunque fuera solo una aventura, pero debía ser alguien que le excitara, que humedeciera su ropa interior y le hiciera arder en deseo. Quizás por eso se dejó llevar un poco, quizás por esa soledad de mujer recluida en un caserón inabarcable a la espera de lo que el destino le deparase. El viajero siempre fue atento, su conversación le agradaba, y la miraba con ternura, no sólo deseo, como todos los demás hombres. Ahora todo parecía tan lejano como un mal sueño. Los gritos de los cazadores la sacaron de su ensoñación, habían encontrado al viajero.

4

Claudia bajó corriendo por la pendiente, desde el camino plagado de coches aparcados en la cuneta hasta el cortijo donde acudía la horda tras los pasos de los cazadores y sus perros. Ramón y Emiliano daban patadas a una pequeña portezuela que custodiaba una pequeña cuadra.

-Tened cuidado, va armado. –La advertencia era de Antonio, el primo de Claudia.

- ¡Tira la escopeta o te matamos ahí mismo! –Claudia sabía que lo matarían igualmente, la única diferencia era el lugar, y la duración del suplicio.

El viajero solo veía unos cañones que asomaban amenazantes como guadañas, y como si de la misma parca se tratara, una capucha negra se asomó a la pequeña caseta instándole a salir. José María se arrastró para salir, apenas logró ocultarse las piernas en el agujero que desesperadamente cavaba. Le dolía todo el cuerpo, las manos, la uñas que le sangraban, la

espalda era una tortura y sus piernas cargadas de andar y con el plomo de las postas clavado en su muslo, la oreja destrozada ya no le sangraba, pero la herida de la mejilla se le había abierto, al igual que la de su mano, la que le produjo aquel crío en bicicleta.

- ¡Matémosle aquí mismo! –Gritó una mujer entrada en carnes, era Rosa, la mujer del profesor, la simpática Rosa con la que mantuvo una simpática charla la noche anterior.

-El señor perdonará nuestros actos, ojo por ojo... -Camilo, el cura del pueblo, también se sumó al vocerío que clamaba sangre.

José María había reconocido varios rostros de los allí presentes, el cura, Jacinto el alcalde, el cazador que lo apresó en el bar, Dori, los tíos de Claudia, Rosa y su marido Alfonso, y Antonio el mecánico. Creyó ver también al asqueroso de la grúa, y al hombre de negro que desaparecía. Una melena rubia bajaba por la pendiente, era Claudia. Estaban todos allí para matarlo, todos excepto Ramiro, el vehemente y antipático viejo enjuto que conoció en el bar, tampoco estaba el poeta borracho; ahora aquellos dos eran sus favoritos del pueblo. Había mucha gente, era una turba exacerbada. JM miró entonces los cañones de las dos escopetas que lo encañonaban a menos de un palmo de distancia.

-Podemos molerlo a palos.

-Caridad cristina, hermanos...

-Prenderle fuego.

- ¡Atemos sus brazos y piernas a los coches!

- ¡Que se lo coman los perros!

El viajero comenzó a sentir un deseo inaudito, anhelaba que aquellas escopetas que lo apuntaban disparasen, que le regalaran una muerte menos dolorosa, más digna que aquellas barbaridades que se gritaban al aire con inquina. Un disparo retumbó en la explanada, silenció a los animales y al gentío. Una vez se hubo dispersado su eco, José María abrió los ojos de par en par asustado, no había sentido nada. Los dos cazadores ya no lo miraban a él y el alcalde del pueblo gritaba de dolor, le había volado la mano diestra. Todos miraban a la causante, era una mujer muy bella, el sol enjaulado en su cabeza y dos esmeraldas que brillaban en su blanca faz marcada por cerezas que formaban su boca; era Claudia, la razón por la que quiso quedarse el viajero. La horda pedía explicaciones a su vecina. ¿Cómo podía haber hecho aquello? ¿Tan enamorada estaba del viajero? Claudia cargó de nuevo su arma, su primo la miraba extrañado, rogándole con el rostro que se detuviera. Uno de los cazadores la apuntó, Antonio se colocó en medio rogando detuvieran su actitud, el enemigo era otro. Una mujer la llamó puta y seguidamente fue apoyada por más aldeanos, todos insultándola como se suele hacer con las mujeres cuando no acatan las órdenes que se le imponen. Claudia los ignoró a todos. Se acercó a Jacinto como en trance, resuelta y convencida a resolver un asesinato.

-Dejadme que me explique o le vuelo la cabeza al cabrón de vuestro alcalde. –Todos enmudecieron, la dulce Claudia se había convertido en el sargento de hierro.

-El asesino que buscáis no es otro que Jacinto. Ángeles era mi amiga –Claudia se detuvo para respirar pues las lágrimas acudieron a sus preciosos ojos-. Me contaba la de veces que Jacinto intentó sobrepasarse, cómo la tocaba cuando estaban solos, como se enfadaba cuando Ángeles le paraba los pies, llegando incluso un día a golpearle pues sintió hasta el miembro erecto de Jacinto cerca de su cadera. Era una niña y apenas le molestaba la situación, ella pensaba... ella pensaba, inocentemente, que debía de sentirse alagada porque el alcalde de su pueblo, casado con una buena mujer, la deseaba ciegamente. Yo también pasé por eso solo que no tenía que ir a la casa de Jacinto a llevarle nada, afortunadamente. –Todos los presentes guardaban silencio. Las lágrimas de Claudia eran sinceras.

-Mientes maldita puta. –Gritó el alcalde fuera de sí-. Yo jamás la hubiera matado, ella se exhibía con sus escotes, sus vestidos cortos, con sus insinuaciones, era el diablo. Pero jamás le hubiera hecho daño, lo juro.

-Seguramente se te fue la mano Jacinto, y la mataste para que no hablara, aprovechando que teníamos la visita de un hombre solo, cuyo paradero nadie conocía, decidiste acabar con su vida preso de tus instintos más salvajes y depravados. –Claudia pisó la mano de Jacinto que gritaba en el suelo dolorido-. ¡Admítelo baboso cobarde!

-Os juro que no la he matado, la deseaba, es verdad, incluso he llegado a forcejear con ella, excitado por su olor, su piel tersa... -Jacinto comenzaba a moquear entre lágrimas-. Pero tenéis que creerme, yo no la he matado. La duda creció entre los habitantes de La Aldeílla.

Lucía, la mujer del alcalde, caminó con lágrimas en los ojos hacia Emiliano, agarrando su escapeta ante la mirada atónita del cazador, Lucía encañonó a Claudia que le daba la espalda.

-Mi marido no la mató, él es un hombre bueno. Tuve demasiada paciencia con esa cría, la “tizná” era una fresca que se vestía como una puta, provocando siempre a los hombres, los hombres son bestias que se mueven por instintos, todos los sabemos, y ella debía pagar por la lujuria que había provocado a mi marido.

-Fuiste tú... Lucía... -Claudia, que se había girado para ver quien la encañonaba no daba crédito a lo que acaba de escuchar. Lucía era la asesina de Ángeles la “tizná”.

Casi sin poder respirar, la mujer del alcalde apretó el gatillo entre llantos. Claudia miró su pecho ensangrentado, con la boca abierta miró a su ejecutora, no lo podía creer. El cuerpo de la dueña del hostel Buenaestancia cayó al suelo exánime. Con la fuerza de la desesperación José María echó a correr hacia uno de los coches aprovechando la confusión. No podía creer nada de aquello, era un mal sueño. Claudia vino para salvarlo, la mujer de sus sueños, el ángel de La Aldeílla, el amor que pensaba le había traído el destino; y ahora estaba muerta, muerta a manos de la asesina de una joven cuyo único delito fue ser hermosa.

JM llegó a uno de los todoterrenos, sonaron un par de disparos, pero la noche ya había caído y era difícil acertarle ya. No confiaba en aquellas gentes y su plan seguía siendo el mismo, huir lo más lejos posible de aquel insano lugar. Un disparo llegó a golpear el cristal trasero, no le importaba, ya estaba en el coche y el motor rugía hacia su salvación. Cuando apenas podía ver La Aldeílla por el espejo retrovisor respiró aliviado, riendo como un loco y golpeando el volante con su mano

buena, extasiado por la escapada comenzó a llorar como un niño pequeño, primero por él mismo, había estado a punto de morir, y no de cualquier manera, le tenían preparado una muerte horrible. Segundo por Claudia, la mujer que le había robado el corazón en apenas sesenta segundos, la mujer que lo había salvado, que lo había creído. El pecho de José María ardía de pura rabia, enjugándose las amargas lágrimas de sus ojos con la camisa ensangrentada. Y por último lloraba por aquella cría gitana, por el crimen tan miserable y absurdo debido a los celos de una mujer enajenada y beata, cegada por el amor a su ridículo marido.

5

Cuando llevaba cien kilómetros, JM se detuvo en un área de servicio, allí se duchó y se extrajo los balines con ayuda de un camionero que conocía de alcohólicos anónimos. Con las heridas vendadas y desinfectadas tomó una cena caliente regada con vino, después de seis años sin beber la ocasión lo merecía. Llamó por fin a su jefe desde el teléfono de la gasolinera, decidió no dar parte a la policía, quizás su jefe podría solventarlo todo. De hecho, esa idea era mucho mejor. El viajero dejó el todoterreno robado en el aparcamiento del área de servicio, pues seguro lo buscaría la guardia civil, o los cazadores; un escalofrío recorrió la espalda de JM al recordarlos. Se subió al camión de su amigo ex alcohólico y le pidió que le llevase ciento cincuenta kilómetros

más en la misma dirección de su ruta. En la salida de la autovía le esperaba su jefe. Por fin alguien se encargaría de él.

6

El viajero se despidió de su amigo dándole las gracias y apretándose ambos en un caluroso abrazo. Un Pontiac americano le esperaba en un claro de la salida de la autovía. José María se subió al coche con la sonrisa en la cara.

-Joder, estás hecho una puta mierda. –Le dijo un tipo trajeado con acento americano, sentado en el asiento de atrás.

-Sí, he tenido días mejores. Ya te contaré.

-Eso, primero los negocios. Mis socios... están esperando, nos hemos retrasado mucho, José María. Dime que lo tienes.

-Sí, jefe. Lo tengo. Es un pueblo perfecto.

- ¿Seguro? El último apenas ofreció resistencia, nuestros socios los mataron a todos en apenas tres horas. Ellos pagan muchísimo dinero, quieren un día completo de caza, un día.

-Este pueblo os va a encantar, apenas hay cobertura, unas cien casas y lo mejor... hay muchos cazadores.

- ¿Cómo nosotros? ¿Cazan personas?

-Digamos que, si tuvieran que cazar personas, lo harían.

-Confío en tu instinto José María, aún recuerdo la cacería de Alcudia, exquisita, una de las mejores.

-Les entusiasmará. Estoy convencido.

-Muy bien JM, muy bien. Eres mi hombre. ¿algún indulto?

-Pues... sí, si veis a un viejo enjuto, antipático y desaliñado, no le hagáis nada.

-De acuerdo, ¿su nombre?

-Ramiro.

El americano se ofreció a llevar a José María hasta un hotel a la espera de que le mandaran un coche nuevo. Durante el trayecto creyó ver a través de la ventana al hombre de negro que le seguía misteriosamente conduciendo el coche. Se frotó varias veces los ojos convencido de que aquello era un espejismo. Su jefe no le ofrecía alcohol conector de los problemas con la bebida de JM, en esta ocasión se saltaron ese trámite y abrió una botella de bourbon. Con cada trago aquel ser misterioso se disipaba a los ojos de JM.

FIN



*Espero haya disfrutado con la lectura de esta novela. Decirle, (no sé si tutearle como osaba hacer el gruista asqueroso a JM, ignorando si me he ganado esa confianza con mi prosa) que esta novela corta la empecé hace muchos años, pero no sabía cómo terminarla, no creía en ella como novela; aprovechando la obligada cuarentena debida al COVID 19 me senté a hacer lo que más me gustaba desde pequeño, contar historias. El tiempo invertido en leer y escribir es un regalo para el alma y no pude sacar mejor fruto de tan lamentable situación. Con el deseo infinito de haberle causado una agradable lectura, de haber logrado ese gusanillo nervioso por el destino de nuestro protagonista, sí nuestro, porque ahora JM es tan tuyo como mío, se despide un humilde escritor esperanzado.*

*Muchas gracias*

*Atentamente:*

*Joaquín Ortiz Sánchez (JOA)*